AKAL

HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

32

GRECIA

LAS MONARQUIAS HELENISTICAS.
II: LOS SELEUCIDAS





GRECIA

Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels.: 656 56 11 - 656 49 11
Depósito Legal: M-34.763-1989
ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-433-8 (Tomo XXXI)
Impreso en GREFOL, S.A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

Indice

Págs.

I. La formación de la monarquía Seleúcida 7
1. De Alejandro a Seleuco 7
   a) Asia hasta la batalla de Ipsos (301) 7
   b) De Ipsos a Antíoco I (301-281) 10
2. La monarquía Seleúcida hasta la muerte de Antíoco I 11
   a) Las satrapías superiores 11
   b) Las regiones occidentales: la primera guerra siria 15

II. El reino de Antíoco II y el de sus sucesores 17
1. El reinado de Antíoco II 17
2. Los sucesores de Antíoco II 19
   a) La tercera guerra siria (246-241) 19
   b) Los acontecimientos políticos en las regiones orientales seleúcidas 20
      Las primeras secesiones 20
      Origen de los partos (Parnos) 23
      Reacción de Seleuco II 24
   c) El conflicto entre Seleuco y Antíoco Hierax 24
   d) Enfrentamientos bélicos entre Átalo I y Antíoco Hierax. Desaparición de los dos reyes seleúcidas 25
   e) Seleuco III (226-223) 25

III. Antíoco III 26
1. Primera fase de su reinado: revuelta de Molon y usurpación de Aqueo 26
2. La 4.ª guerra siria 27
3. La expedición irania (212-205) 29
4. Política occidental de Antíoco III tras el fin de la Anábasis 31
   a) Acuerdo con Filipo V 32
   b) 5.ª guerra siria (202-200) 32
   c) Antíoco III en Anatolia 33

d) Antíoco y Roma en 196. Guerra entre ambas potencias 33
e) La paz de Apamea (188) 34

IV. Desde la sucesión de Antíoco III a la usurpación de Alejandro Balas 35
1. Seleuco IV (188-175) 35
2. Antíoco IV (175-164/-3) 35
a) Política interior 35
b) La sexta guerra siria 36
c) El problema judío 37
d) La revuelta judía 38
e) Final del reinado de Antíoco IV 41
3. Demetrio I 42
4. Usurpación de Alejandro Balas 43

V. El final de los Seleúcidas 44
1. Demetrio II 44
a) Usurpación de Diodoto Trifón 44
b) Expansión parta 44
2. Antíoco VII Sidetes (138-129) 45
3. Fin de Demetrio II y usurpación de Alejandro II Zabinas 45
4. Los últimos seleúcidas (123-83) 46
a) Sucesión dinástica 46
b) Acciones exteriores de los últimos Seleúcidas 46

VI. Economía y Sociedad 48
1. Problemas sociales 48
2. La tierra 50
3. Otras fuentes de ingresos 53

Bibliografía 54

I. La formación de la monarquía seleúcida

1. De Alejandro a Seleuco

La súbita muerte de Alejandro, que había conquistado los territorios asiáticos situados al Occidente del Indo, no provocó en ellos ninguna perturbación especial. Los autóctonos estaban acostumbrados desde hacía siglos a ver cómo cambiaban sus dirigentes sin que ello ocasionara ninguna mutación en su habitual estado de sometimiento. En este sentido, Alejandro y sus macedonios no representaban para ellos sino otra etapa más, protagonizada en esta ocasión por los griegos. Y fue precisamente entre éstos donde se produjeron los trastornos, no entre los indígenas.

El período comprendido entre 323, fecha de la muerte de Alejandro, y el 276, cuando los diferentes reinos helenísticos aparecen ya plenamente configurados, es conocido como el de los Diádocos, («Sucesores») puesto que fueron éstos los que, a través de un sinnúmero de conflictos bélicos, diplomáticos y personales, los que finalmente se erigieron en herederos de Alejandro, repartiéndose su legado político. Como existe un capítulo dentro de esta colección dedicado exclusivamente a ellos, no nos ocuparemos del desarrollo de estas luchas intestinas, extraordinariamente prolijas y complicadas. Sólo intentaremos seguir el hilo conductor que llevó a la formación de las diferentes monarquías, apuntando los rasgos o hechos esenciales.

a) Asia hasta la batalla de Ipsos

La idea unitaria de Alejandro fue recogida por Pérdicas, pues es claro que pretendió consumar la obra del rey macedonio para mantener unidos los territorios bajo una única monarquía de carácter universal. Este mismo sueño trató de preservarlo, a la muerte de Pérdicas, Antígono el Tuerto. (*Monophthalmós*).

Sin embargo, *de facto*, se produjo rápidamente el desmembramiento del imperio alejandrino al llevarse a cabo una subdivisión de los territorios conquistados por Alejandro, entendida originariamente como un reparto comunitario de la responsabilidad destinada a preservar la unidad del imperio. Esto se realizó en Babilonia, en una reunión entre los generales macedonios poco después de la muerte de Alejandro. A pesar de la ideología subyacente a la división de los territorios, tal reparto significó de hecho la atribución a cada uno de una base territorial, que pretendieron salvaguardar y afianzar a costa de los demás. Tales aspiraciones que sobrepasaban la concepción primitiva —la *pleonexia*— motivaron cinco décadas de luchas incesantes.

Fue esta idea unitaria de Pérdicas la que le llevó, a comienzos de 321, a combatir a Ptolomeo hijo de Lago por su actitud independiente en Egipto. En esta campaña se produjo una conjura en su estado mayor a resultas de la cual fue asesinado. Mientras tanto, moría también Cratero en una confrontación con Eumenes, a quien Pérdicas había confiado los asuntos de Asia Menor.

La muerte de ambos personajes hizo necesaria una nueva reunión de los generales macedonios, celebrada ese mismo año en Triparadisos, en Siria septentrional. En ella se confirió a Antípatro la regencia en calidad de *epimeletes* de los reyes, procediéndose a una redistribución de las satrapías asiáticas. Fue entonces cuando se otorgó a Seleuco, que no había detentado todavía un gobierno territorial, la satrapía de Babilonia y se encargó a Antígono el Tuerto combatir a Eumenes de Cardia que tras la muerte de Cratero se había apoderado de gran parte de Asia Menor. Se le nombró para ello estratego de las fuerzas reales, confiriéndole así el mando sobre los ejércitos del Imperio,y estratego de Asia, que le transmitía plenitud de poderes en los asuntos asiáticos. Los demás quedaron confirmados en sus territorios. Triparadisos significa, así, un golpe mortal en la ideología y realizaciones de Alejandro Magno.

Poco después se produjo en el 319 la muerte de Antípatro que abrió un período de crisis de enorme complejidad. Dejando a un lado los importantes hechos acaecidos en Macedonia o los protagonizados por Ptolomeo, en Asia, continuaba el enfrentamiento entre Antígono y Eumenes. Éste se había apoderado por la fuerza de las armas no sólo de Asia Menor, sino, a partir del 318, de Fenicia, arrebatándole así a Ptolomeo las conquistas efectuadas allí. Posteriormente, se encaminó al Irán donde se vivía una situación agitada, producto de las rivalidades entre los sátrapas iranios, pero fue alcanzado y reducido por Antígono. Entregado por sus tropas, fue condenado a muerte. Esto sucedía en el 316. Su desaparición significó para el vencedor la extensión de su poder a la práctica totalidad de Asia. El propio Seleuco se vio constreñido a abandonar Babilonia, refugiándose en Egipto junto a Ptolomeo. El afán de recuperar lo perdido convirtió a Seleuco en uno de los principales artífices de la coalición contra Antígono.

Seleuco permanecería en Egipto desde 315 a 312, pues a finales de este último año se había aposentado de nuevo en Babilonia aprovechando los momentos difíciles por los que pasaban los Antigónidas tras la victoria de Ptolomeo sobre Demetrio en Gaza. A continuación, se encaminó a las satrapías iranias, en poder de Antígono tras su victoria sobre Eumenes, con intención de someterlas a su poder. Antígono intentó neutralizar esta amenaza aprovechando un período transitorio de tranquilidad en los territorios asiáticos occidentales, tras la paz concertada en 311 con el resto de los Diádocos. Aunque se desconocen los pormenores de este enfrentamiento, en la batalla habida entre ambos Seleuco resultó vencedor, debiéndose proceder a la firma de un tratado de paz por el cual Antígono renunciaría a los territorios iranios. Ciertamente, como señala E. Will (*Histoire politique du monde hellenistique* I p. 58), tal tratado se concertaría en el 308 fecha a partir de la cual vemos actuando libremente a cada uno de ellos, Antígono en la zona occidental de Asia y Seleuco en la oriental. Por lo demás, como expresión de esta soberanía absoluta sobre aquellos territorios, Seleuco se proclamó rey algún tiempo después, como por las mismas fechas —305/-4— hicieron el resto de los Diádocos, primero los Antigónidas —en 306— y después Ptolomeo, Casandro y Lisímaco.

Los años posteriores estarán marcados por una intensa actividad a



Alejandro en la batalla contra los persas. Bajorrelieve del sarcófago de Alejandro (Hacia el 310 a.C.) Museo Arqueológico de Estambul.

cargo de Antígono y su hijo Demetrio. Sus éxitos provocarían el enfrentamiento de los demás Diádocos, Casandro, Lisímaco, Ptolomeo y Seleuco. El encuentro tuvo lugar en Ipsos, Frigia, sin que el hijo de Lago interviniera de manera directa. Antígono murió en el campo de batalla. Se imponía así una nueva reconsideración conjunta de la situación. Lisímaco se quedaba con Asia Menor, hasta el Tauro, excepto algunos enclaves en Licia, Panfilia y Pisidia que pasaron a Ptolomeo; Cilicia fue otorgada a Plistarco, hermano de Casandro; Seleuco reclamó Siria pero no pudo ob-

tenerla en su totalidad, puesto que Ptolomeo se había apoderado de la parte meridional. Seleuco no quiso forzar la situación, en agradecimiento por los favores y apoyo prestados a él por el hijo de Lago durante los años subsiguientes a su expulsión de Babilonia. Consintió, así, en cederla temporalmente a Egipto, pero sin renunciar a ella definitivamente. Esta oposición de intereses conduciría posteriormente a una sucesión de conflictos armados, las guerras sirias, que enfrentaron durante mucho tiempo a ambos reinos.

Ipsos, por lo demás, es un episodio cargado de significado. La muerte de Antígono conllevó la desaparición definitiva del ideal unitario de acuerdo con el pensamiento alejandrino, por más que en Antígono aparezca desfigurado, sobre diferentes premisas de las de su inspirador. Pero, surge al mismo tiempo, si bien oscuramente aún, la concepción moderna de Estados territoriales en la cual cada uno aspira a coexistir con los demás dentro de un sistema de «equilibrio inestable» contando con la salvaguarda de sus propios intereses y unificados por un vehículo común: la civilización helenística.

b) De Ipsos a Antíoco I (301-281)

El equilibrio de fuerzas tras Ipsos y la diversidad de objetivos entre unos y otros determinaron la concertación de alianzas subsiguientes. En el caso de Seleuco, y dada su situación entre Lisímaco, dueño de Asia Menor, y Ptolomeo, en posesión de la Celesiria, el único que podía serle útil, llegado el momento, era Demetrio Poliocertes, pues Casandro, en Macedonia, estaba demasiado lejos. La alianza, en efecto, se produjo fortaleciéndose incluso por el matrimonio de Seleuco con Estratónice, hija del Antigónida y de Fila (hija de Antípatro, que había estado casada antes con Casandro). Sin embargo, este acercamiento no produjo ningún fruto, pues, acto seguido, Demetrio pretendió una aproximación —por cierto, sin éxito— a Ptolomeo, mientras Seleuco le reclamaba Cilicia, Tiro y Sidón, lo cual, dada la situación, no podía consentir.

La muerte de Casandro en 298/-7 vino a dar un nuevo giro a la situación. Dado que sus hijos eran pequeños, Demetrio pretendió sacar partido de ello y, abandonando Asia, se encaminó a Grecia. Su ausencia fue aprovechada sin tardanza, pues Ptolomeo le arrebató Chipre, haciendo Seleuco y Lisímaco lo propio, el primero con Cilicia, el segundo, con los enclaves jonios en poder del Antigónida. Este, no obstante, logró entronizarse en Macedonia, legitimando su situación mediante su matrimonio con Fila, hermana de Casandro.

La afirmación de su poderío, actuada por Seleuco en estos años, fue acompañada por el reparto de competencias con su hijo Antíoco. Aquél debió comprender perfectamente las dificultades que entrañaba el gobierno de territorios tan vastos y dispares, muy deficientemente comunicados entre ellos. Por esa razón y hacia 294/-3 se decidió a nombrar a su hijo corregente, con titulación real, de las satrapías ubicadas al Este del Eufrates con capitalidad en Seleucia del Tigris.

Las siguientes actuaciones de Seleuco aparecen centradas en su relación con los demás gobernantes, a saber, en los intentos de éstos para neutralizar el acrecentado poderío, y por tanto peligroso, de Lisímaco, con quien se encontraba en estricta vecindad en Asia Occidental. Además, Seleuco había dado refugio en su corte a Lisandra, viuda de Agatocles (heredero de Lisímaco pero asesinado por orden de su padre a instancias de Arsínoe, su mujer, hija de Ptolomeo I y Berenice hermana, por tanto, de Ptolomeo II) y a Ptolomeo Keraunós —«Rayo»— hermano de Lisandra

(hijos ambos de Ptolomeo I y Eurídice). Sería éste quien instaría a Seleuco a presentar batalla a Lisímaco, lo cual, unido a sus propias consideraciones sobre la peligrosidad de su vecino, desencadenó la invasión de Asia Menor. El enfrentamiento tuvo lugar en Corupedión a comienzos del 281, resultando Lisímaco vencido y muerto. El triunfador se anexionó los territorios asiáticos del derrotado.

Pero Seleuco no se paró ahí. Viendo que la desaparición de Lisímaco podía significar una ocasión preciosa para la conquista de Macedonia preparó una expedición y se encaminó a su patria. Pero en ese momento pereció asesinado por su protegido Ptolomero Keraunós, que pretendía aprovechar para su beneficio personal la muerte de Lisímaco en lo que a Macedonia se refería, aspiraciones que —de haber tenido éxito los planes de Seleuco— estaban condenados irremisiblemente al fracaso. La desaparición del último de los Diádocos —Ptolomeo Lago había muerto dos años antes en 283— no conllevó trastornos sucesivos, pues el propio Seleuco había dejado solucionada esta cuestión con el nombramiento, en calidad de corregente, de su hijo Antíoco I.

2. La monarquía seleúcida hasta la muerte de Antíoco I

El período subsiguiente a la muerte de Seleuco nos es conocido de manera bastante incompleta, pues para algunos lapsos de tiempo no contamos con testimonios directos, por lo que en ocasiones solo es posible inferir el desarrollo de los sucesos.

a) Las satrapías superiores

Las regiones de Asia Central que habían quedado anexionadas por Alejandro plantean varias cuestiones. En primer lugar de información. Alejadas enormemente de la zona griega por excelencia o de la periférica, frecuente escenario de los encuentros entre los sucesores del rey macedonio, nuestras noticias sobre ellas son aisladas y muy fragmentarias. En cuanto a la problemática histórica propiamente dicha, surge de la misma amplitud, y diversidad geográfica y etnográfica de los territorios conquistados. Para su administración y defensa los generales macedonios debían enfrentarse con múltiples problemas, complicados además por la heterogeneidad de las poblaciones indígenas que los habitaban cuyas costumbres desconocían, pero con las que, sin embargo, los griegos debieron convivir.

Ya hemos visto anteriormente cómo se instauró Seleuco en las satrapías iranias tras su retorno de Egipto en 312.

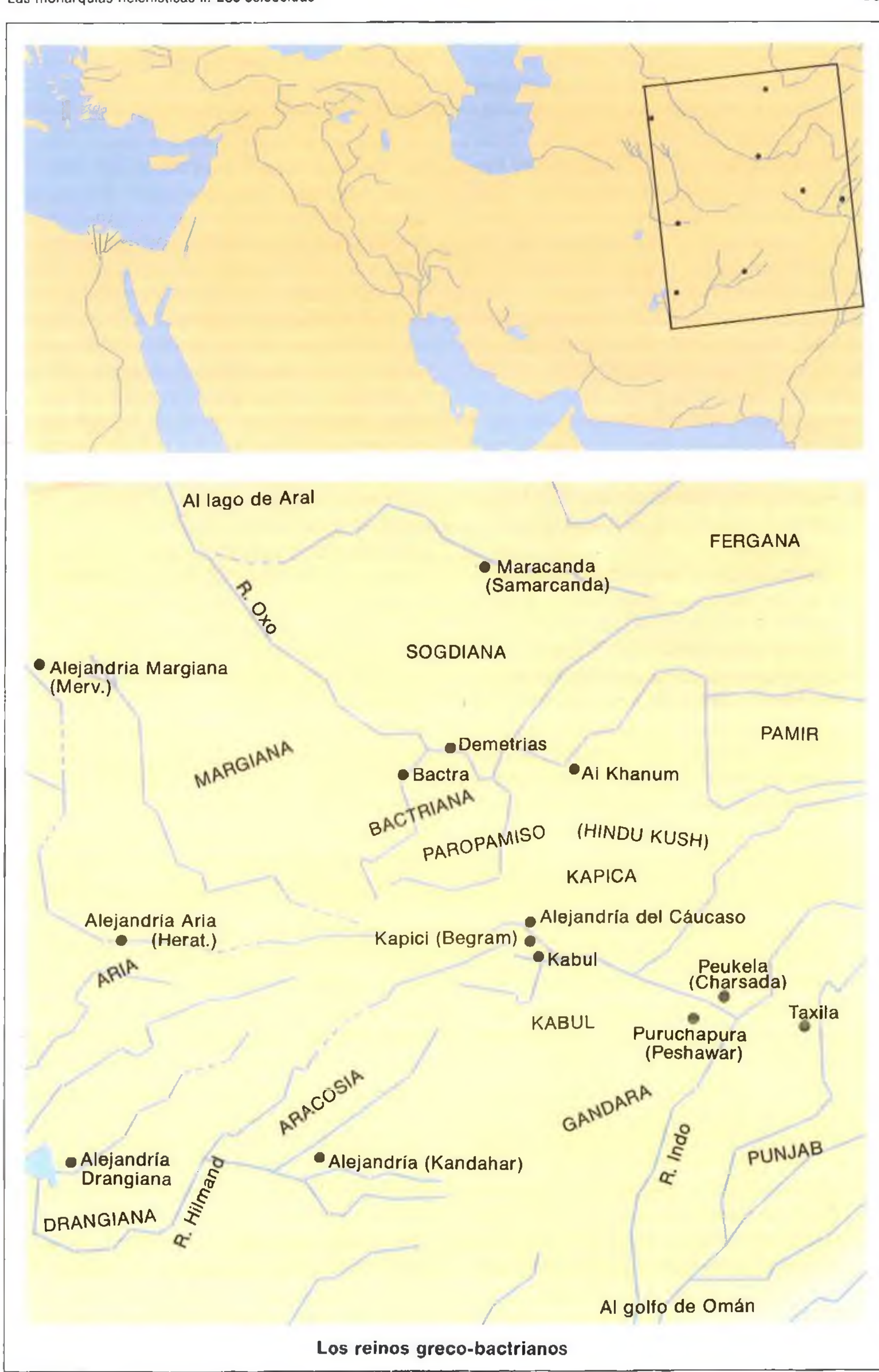
Pero la amenaza para Seleuco no procedía sólo de Antígono sino de la frontera oriental, de las regiones del Irán Oriental y del Indo, donde Tschandragoupta, fundador de la dinastía Maurya, pretendía establecer su soberanía, aprovechando que el influjo macedonio, siempre superficial por el escaso tiempo transcurrido desde la conquista y muerte de Alejandro, se encontraba en retroceso. No sabemos cómo se desarrolló este conflicto, pero podemos apreciar sus resultados: tras unos años, hacia el 303, Seleuco, según hemos visto, volcó su atención hacia Occidente, abandonando a Tschandragoupta, a cambio de compensaciones económicas, las regiones más alejadas y de difícil acceso pero cuyos límites no podemos precisar.

Posteriormente, Seleuco reinaría conjuntamente con su hijo Antíoco I a quien cedió el gobierno y la defensa de las satrapías superiores, de las regiones situadas al E. del Eufrates, reservándose él mismo las competencias en los territorios más occidentales. Era una especie de reparto del

Imperio, o un Imperio bicefálico, cada uno con una capital, que significaba un reconocimiento de hecho de las dificultades de la monarquía para dirigir tan vasto reino. La elección por Seleuco de su hijo Antíoco tampoco fue caprichosa sino más bien todo lo contrario, dado que su madre era Apame, bactriana, hija de Espiramenes, jefe en el momento de la conquista de la resistencia antimacedonia en Bactriana y Sogdiana, la cual, además, continuó como esposa de Seleuco tras la muerte de Alejandro, a diferencia de lo sucedido con los demás generales. En este sentido, podría rastrearse una continuidad, recogida voluntariamente por Seleuco, de las concepciones inspiradas por Alejandro en lo relativo a la fusión con los indígenas. Hay que tener en cuenta para valorar justamente el simbolismo representado por la elección de Antíoco que el abuelo de éste no se rindió nunca a Alejandro, pues murió por traición, de manera que se constituyó en héroe nacional. Parece, sin duda, que Seleuco pretendió de esta manera legitimar su poder cara a las aristocracias iranias, así como el gobierno de su hijo tendría como misión contribuir a una mayor fusión de ambas partes del Imperio, asociando a los dos pueblos encarnados en Antíoco de acuerdo con el pensamiento alejandrino. Sólo la fuerza de los acontecimientos ulteriores impondrían una «occidentalización» no pretendida en principio. Parece, asimismo, que dentro de estas satrapías superiores era Irán lo conflictivo, más que las zonas meridionales, a saber, Babilonia, y es en la primera donde el corregente Antíoco I vivió, dedicándose a la afirmación del poderío seleúcida mediante campañas



Retrato de Seleuco I de Siria sobre una moneda.



Los reinos greco-bactrianos

militares, por una parte y por otra a través de acatividades complementarias como, por ejemplo, fundaciones urbanas, con una finalidad primariamente defensiva, pero de gran trascendencia por su eficacia en la consolidación de la influencia griega. De todo ello, no obstante, nuestra información es escasa y muy difusa. De todas formas, parece que las actividades militares estuvieron encaminadas al fortalecimiento de un limes septentrional, aprovechando elementos ya puestos por Alejandro, dirigido a proteger los territorios seleúcidas no sólo contra ataques de tribus nómadas sino contra los de un estado massageta, conformado sólidamente en torno a los cursos inferiores de los ríos Oxos y Iacartes, es decir, al N. de la satrapía de Sogdiana.

Por lo demás, fue necesaria una pacificación interna, pues del mosaico de pueblos sometidos siempre hubo alguno con pretensiones independentistas, apenas percibía disensiones internas entre los conquistadores o la existencia de dificultades por la presión de los pueblos nómadas del exterior del Imperio. En esta panorámica no es de extrañar, pues, que los primeros seleúcidas se dedicaran a asegurar las comunicaciones a lo largo de la gran vía real aqueménida que unía estas regiones entre ellas y con Occidente, mediante la implantación de colonias militares. Se resaltaba así un objetivo preponderantemente militar —frente a una política más helenizante como la practicada en otros lugares del Imperio Seleúcida, Siria, Mesopotamia, incluso Media— dado que tales regiones eran no solo importantes por su población, recursos, etc., sino por las conexiones hacia Asia Central y el Indo.

Todas estas medidas no enmascaran, sin embargo, un hecho fundamental, cual es, que a partir de Ipsos (301) el centro de gravedad del Imperio Seleúcida se desplaza desde las regiones orientales —Mesopotamia e Irán, donde se había erigido rey Seleuco I— hacia las occidentales —Siria y Asia Menor—, escenario de las contraposiciones de intereses entre las tres dinastías helenísticas. Los Selúcidas, así, subordinaron los intereses del Irán a los de su política mediterránea, hecho funesto cuyas consecuencias no tardarían en revelarse. Abandonaron la política propugnada por Alejandro, quién comprendió a la perfección que un dominio sobre aquellas regiones no podía efectuarse sobre base macedonia exclusivamente, razón por la cual pretendió la fusión de griegos e iranios. Conviene resaltar de todos modos que la «occidentalización» del Imperio con los primeros Seleúcidas no se realizó de repente y ni siquiera de una manera plenamente consciente, sino que tuvo lugar por el discurrir de los acontecimientos. Así, tras la primera fase de su reinado, consagrado por Antíoco a las regiones orientales del Imperio, fue llamado por Seleuco para encomendarle la totalidad de las posesiones asiáticas tras la anexión de la parte retenida por Lisímaco, una vez muerto éste en Corupedión (281). La desaparición, algo después, de Seleuco obligó a Antíoco a permanecer en Occidente donde debió ocuparse de los acontecimientos allí desarrollados. No sabemos si alguno de sus dos hijos —Seleuco o Antíoco— fue nombrado corregente de las satrapías superiores como el propio Antíoco I lo había sido. Solo volvemos a encontrar testimonios de presencia real en Irán con Seleuco II entre los años 230-227. Queda, por tanto, de manifiesto que los Seleúcidas a partir del 283 descuidaron de hecho, lo cual no implica intencionalidad el Irán. La pérdida de las regiones orientales producida posteriormente sería, pues, en definitiva, consecuencia de las rivalidades surgidas entre los herederos de Alejandro.

La autoridad seleúcida fue cuestionada pronto en regiones como Pérsi-

de o Bactriana. Conviene, asimismo, señalar que estas zonas orientales distaban de constituir una unidad, no eran homogéneas en absoluto, de suerte que las posturas adoptadas frente a los Seleúcidas no lo eran tampoco. Los aspectos religiosos desempeñaron igualmente una parte importante en esta contestación, por más que no podemos evaluarla adecuadamente. E. Will señala (*Histoire politique* I p. 248) que de todas formas éstos pudieron servir de soporte a un movimiento independentista tan sólo cuando el poder seleúcida estaba debilitado allí por otras causas diferentes.

b) Las regiones occidentales: la primera guerra siria

Como ya hemos señalado, el asesinato del Seleuco a manos de Keraunós obligó a Antíoco I —rey único entonces del inmenso Imperio seleúcida— a permanecer en Asia Occidental. Aunque el hecho de reinar juntamente con su padre durante varios años solventaba teóricamente el problema sucesorio, no fue así *de facto*, pues, al morir Seleuco, se produjeron una serie de conflictos que afectaron a la práctica totalidad de las regiones occidentales del Imperio, provocando una situación bastante caótica.

En Asia Menor este confusionismo fue aprovechado por los Lágidas, interesados desde antiguo en la política egea, para ampliar su hegemonía sobre las ciudades costeras. De todas formas, el liberalismo de Seleuco hacia ellas parece que dio sus frutos con Antíoco I, impidiendo una pérdida considerable del poderío seleúcida. También Filetero, gobernador de Pérgamo otorgó su lealtad al sucesor de Seleuco como lo había hecho con éste.

Otro foco de inquietud era el área septentrional de Anatolia, donde se estaba configurando un nuevo mapa político, al erigirse en reinos independientes Bitinia ya desde 298-7 con Zipoites y el Ponto bajo Mitrídates, en fecha incierta. A ello se añade la llamada Liga del Norte, formada por las ciudades griegas de la costa póntica como Bizancio, Calcedonia, Heraclea Póntica, etc. Esta última logró con ayuda de Mitrídates derrotar a tropas seleúcidas (para más detalles remitimos al lector al capítulo dedicado a Asia Menor y las monarquías menores dentro de esta misma colección).

Sin embargo, las mayores dificultades para Antíoco I procedían de Siria. Allí se produjo una revuelta, originada, al parecer, en la gran base militar de Apamea, combinada con una ofensiva exterior a cargo del inevitable Ptolomeo II que, pretendiendo sacar partido de los momentos difíciles por los que pasaba Antíoco en el interior de su reino, amplió su zona de infuencia entre las ciudades costeras griegas minorasiáticas. Así, de entre ellas, Mileto concluyó una alianza con Filadelfo en 279-8, a la par que guarniciones egipcias se establecían en otros emplazamientos como Samos, o en los carios de Halicarnaso, Mindos, Cauno. Esta actitud peligrosa protagonizada por Ptolomeo hizo que Antíoco I, una vez sofocada la revuelta siria, en condiciones imposibles de determinar para nosotros, firmara la paz con la Lágida, concluida quizá en 279. Este conflicto entre ambos reinos es el que debería llamarse propiamente 1ª guerra siria, título que se da, no obstante, al siguiente.

En efecto, así se conoce la nueva serie de acontecimientos sucedida a partir del 274, y hasta el 271, de los que, sin embargo, nuestro conocimiento es sumamente deficiente. Se presupone que Ptolomeo, pretendiendo proteger su dominio sobre la Celesiria de todas aspiración seleúcida, envió una expedición preventiva encargada de luchar en Babilonia, aprovechando la ausencia de Antíoco I, a la sazon en Sardes. Sin embargo, contra lo que esperaba, fue derrotada por las tropas seleúcidas cuyas filas apa-



Escena de caza representada en el sarcófago de Alejandro, de Sidón (Año 310 a.C.) Museo Arqueológico de Estambul.

recían reforzadas por la presencia de elefantes. La victoria sería aprovechada por Antíoco para atacar Damasco, pero del resto existe una oscuridad total. De la paz subsiguiente tampoco sabemos nada, ni se produjeron cambios territoriales por el momento. De todas formas, esta guerra tuvo para Antíoco I una gran importancia, pues con ella puede darse por concluida la crisis sucesoria tras la cual su autoridad quedó firmemente asentada en la totalidad del territorio seleúcida.

La última década del reinado de Antíoco I nos es muy mal conocida. El monarca estuvo consagrado, al parecer, a la resolución de asuntos internos de su reino, complicados en algún momento por una crisis dinástica, quizá justificativa de su presencia en Babilonia, atestiguada en 268, fecha de tal crisis. Puede percibirse, en efecto, aunque difusamente, su existencia pues su hijo Seleuco, corregente desde 279, fue reemplazado por su hermano menor Antíoco II, tras haber sido quizá condenado a muerte por conspirar contra su padre.

Los últimos años conocieron una degradación de la autoridad seleúcida en las regiones occidentales al producirse la independencia efectiva de Pérgamo producida con Eumenes, que sucedió en el gobierno a su tío Filetero tras una victoria sobre tropas seleúcidas cerca de Sardes, acaecida en el año 263. La supuesta intervención de Ptolomeo II, que habría apoyado la sublevación, cae en el terreno de las hipótesis, pues no existe ninguna prueba de ella.

II. El reinado de Antíoco II y sus sucesores

1. El reinado de Antíoco II

Los acontecimientos contrarios a los intereses de la dinastía reinante y la muerte de su rey Antíoco I fueron una ocasión de la que los Lágidas, siempre al acecho en las zonas litorales minorasiáticas, pretendieron sacar partido.

La sucesión del rey desaparecido tampoco presentaba problemas, puesto que su hijo Antíoco II estaba asociado al trono desde algunos años antes de producirse la muerte de su padre (desde el 266 concretamente). De todas formas, esta situación transitoria fue el resquicio aprovechado por el soberano egipcio para afianzar su presencia en el Egeo, debilitada por el naciente poderío del macedonio Antigono Gónatas. El esfuerzo desplegado a la consecución de tal fin tuvo éxito, pues los Lágidas lograron poner bajo su soberanía toda la costa jonia y caria desde Efeso a Halicarnaso. Y que estaban dispuestos a retenerla férreamente en sus manos, lo demuestra el hecho de haber nombrado para gobernarla al futuro heredero de Egipto, Ptolomeo, hijo del monarca reinante, copartícipe del trono desde 267.

El empeño lágida se vio, no obstante, contestado con rapidez por Antíoco II. De los incidentes acaecidos tenemos noticias bastante difusas. La situación se volvió comprometida para Egipto no sólo por la prontitud de respuesta del rey seleúcida, que echó mano e cuantas fuerzas pudo reunir, sino por el estallido de una revuelta, protagonizada por Ptolomeo contra su padre Filadelfo, centrada en Efeso, que conllevó seguramente la muerte del sublevado por sus propios mercenarios, dado que no vuelven a encontrarse noticias sobre él después del 259. El Ptolomeo desaparecido había sido apoyado por Timarco, el cual posteriormente se erigió en tirano de Mileto, apoderándose también, quizá, de Samos. Sería entonces cuando se produjo la conquista de Efeso por Antíoco que se vio ayudado en tal empresa por los rodios.

Parece, en efecto, que se asiste en estos momentos a un paréntesis en la trayectoria de estrecha amistad, que siempre caracaterizó las relaciones egipcio-rodias y cuyas causas desconocemos. Aparte de la noticia mencionada, otro testimonio nos habla de la celebración de una batalla naval librada frente a Efeso en la cual la flota rodia batió a la egipcia dirigida por el ateniense Cremónides.

Hubo otro frente de actuación bélica dentro de este conflicto. Se encuentra en Siria y allí tuvieron lugar algunos enfrentamientos con saldo favorable a los Seleúcidas. Al final, la frontera de los territorios lágidas debió retroceder al Sur del Eleutheros.

Como señala en su exposición E. Will (*op. cit.* I, p. 209) uno de los pun-

tos clavas de esta guerra sería el dilucidar si se produjo una intervención de Antígono Gónatas junto a Antíoco II contra Egipto, en cuyo marco se celebraría la misteriosa batalla de Andros que, según Momigliano (CL Q XLIV, 1950, p. 113), tuvo lugar en 258, en la cual el rey macedonio salió victorioso sobre la flota egipcia. A falta de una documentación clara sobre la cuestión, justificativa de la disparidad de criterios existentes al respecto, el estudioso francés opta por dejarla en suspenso a la espera del hallazgo de nuevos testimonios que puedan zanjarla en sentido positivo o negativo con un margen de fiabilidad razonable.

Los éxitos seleúcidas determinaron que los egipcios tuvieran otras pérdidas en el litoral minorasiático. Así Jonia había vuelto a dominio seleúcida, como hemos mencionado, a consecuencia de la revuelta de Ptolomeo de Éfeso. Lo mismo cabe señalar de enclaves costeros de Cilicia y Panfilia. El retroceso del poderío lágida en el Egeo y costas anatolias determinó la firma del tratado de paz entre ambas potencias en 255 ó 253, cuyas cláusulas, sin embargo, desconocemos prácticamente. Tan sólo sabemos que en él se recogía la concertación de un matrimonio, tendente a fortalecer los acuerdos, entre Antíoco II y Berenice, hija de Filadelfo, debiendo el rey para ello repudiar a Laódice. Este acuerdo, cargado de consecuencias políticas que se percibirían posteriormente, conllevó, al parecer, para los Seleúcidas, además de la espléndida dote aportada por la egipcia, la renuncia a sus aspiraciones sobre Celesiria. Por otro lado, el restablecimiento de la autoridad de Antíoco II sobre el litoral minorasiático sería de duración efímera.

La actividad de este monarca estuvo centrada, de acuerdo con las fuentes de que disponemos, en el Occidente de su Imperio sin que tengamos noticia alguna sobre ninguna estancia siquiera en las satrapías orientales. Ya hemos visto de qué modo resultó afectada la zona occidental tras la segunda guerra siria. Hay que advertir, no obstante, que este era también el escenario en el que se movía el joven reino de Pérgamo. Quizá la situación del monarca seleúcida, complicada por el conflicto con Egipto, permitiera a su rey Eumenes I extender su influencia hacia el Sur por el litoral, aún sin participar en la guerra. La confirmación de esto, obtenida por vía de las acuñaciones, nos permite constatar cómo enclaves eolios habían pasado a la órbita pergamena, pese a estarlo en la seleúcida en los primeros años del reinado de Antíoco II.

Por lo que respecta a las posiciones seleúcidas en el litoral anatólico septentrional, pudieron mantenerse, sobre todo en la región de los Estrechos y Tracia, pese a la inquietud que ello despertaba en Bitinia. Ciertamente, sabemos a través de las monedas de las operaciones efectuadas por Antíoco II en aquellas regiones —donde incluso entró en conflicto con Bizancio— sin que tengamos información sobre las motivaciones que impulsaron tales campañas. Pueden hacerse especulaciones de diverso estilo. Quizá estuvieron dirigidas a impedir una ampliación de la influencia ptolemaica en tales zonas, dado que, además, existe constatación de la existencia de buenas relaciones entre Bitinia y Egipto. Quizá pretendiera Antíoco II con su presencia dar testimonio de que recogía los teóricos derechos heredados de Seleuco I. Quizá, incluso, fue requerida su ayuda para luchar contra los celtas, los cuales desde hacía tiempo desarrollaban por dichos contornos sus correrías. De todas formas, el balance obtenido por el rey no fue sino someter a su control una pequeña parte de Tracia oriental, cercana al Quersonero.

La muerte del rey sobrevino poco después de estos acontecimientos en

Éfeso, en circunstancias, asimismo, oscuras. Tenía a la sazón cuarenta años.

2. Los sucesores de Antíoco II

a) La tercera guerra siria (246-241)

Los orígenes de este conflicto se enraízan en los problemas dinásticos ocasionados por el matrimonio de Antíoco II con una hija de Filadelfo, Berenice. De su unión anterior con Laódice el rey tenía dos hijos, Seleuco y Antíoco, los cuales se exiliaron a Asia Menor junto con su madre. Con Berenice, Antíoco II tuvo otro hijo cuyo nombre, sin embargo, nos es desconocido. Lo sorprendente del caso es la designación de Seleuco, su primogénito, como sucesor, hecho del que ignoramos cómo se produjo, pero que ha dado lugar a toda clase de suposiciones.

La complicada situación en el seno de la familia real motivó que Seleuco II no fuera reconocido como sucesor en todo el Imperio. Le fue fiel Asia Menor, no en su totalidad, y también el interior, debido a que su tío maternos, Alejandro, era gobernador general con residencia en Sardes. Curiosamente, sin embargo, Éfeso se decantó por Berenice y su hijo como lo hicieron asimismo otras ciudades. Ésta, queriendo inclinar la balanza a su favor, recurrió a la ayuda de Ptolomeo III, su hermano, que hacía poco había accedido al trono egipcio.

Es así como el monarca lágida se presentó en Antioquía al frente de una expedición desde donde se encaminó a Cilicia primero y después hacia la desembocadura del Orontes. Sabemos por un documento emanado de su propia cancillería (Jacoby FGH 160) que recibió una acogida favorable de la población, pero lo más extraño es la ausencia de toda alusión de Berenice y su hijo, motivo de la presencia egipcia. Éstos, de hacer caso a la tradición —tardía—, habrían sido asesinados, pero, para mantener la legalidad de la expedición, tal hecho se habría guardado en secreto.

En todo caso, Ptolomeo III avanzó por el Imperio Seleúcida llegando hasta Mesopotamia. Según la inscripción de Adoulis (OGIS 54), se habría apoderado de todo él hasta Bactriana, excepto Asia Menor, a juzgar por el reconocimiento obtenido de los distintos gobernadores. De este acto, sin embargo, no es lícito deducir la instauración de una autoridad egipcia, real y operativa, sobre tales territorios que no iría más allá de lo meramente teórico. De todas maneras, tras este paseo triunfal, Ptolomeo debió regresar a Egipto donde su presencia era necesaria ante el estallido de una revuelta interna (o *seditio domestica* en palabras de Justino XXVII, 1). Los asuntos de Asia los dejó en manos de administradores egipcios.

Los avances del monarca lágida encontraron pronta respuesta en Seleuco II que se preparó a un enfrentamiento con él, lo cual —piensan algunos— fue en realidad lo que determinó el abandono de Asia por parte de Ptolomeo. Los hechos subsiguientes debemos intuirlos a falta de testimonios sobre lo acaecido. La superficialidad de la acción lágida puede percibirse mediante la facilidad con que Seleuco logró tomar la situación favorabale a su causa. A ello coadyuvarían de manera clara la desaparición de Berenice y su hijo, por lo cual Seleuco representaba la única legalidad sucesoria, así como las recaudaciones forzadas efectuadas por Ptolomeo entre la población.

Tales éxitos animaron al rey seleúcida a actuar en la zona sometida a Egipto desde la época del fundador de la dinastía, es decir, la Celesiria. Pero aquí no parece que le sonriera la fortuna, pues debió pedir ayuda a Asia Menor donde se encontraban

Laódice y su hermano menor Antíoco. Su requisitoria fue atendida, pero con la condición de nombrar a éste gobernador de Asia Menor y el título de corregente. Ante la unión de las fuerzas de ambos hermanos, Ptolomeo III firmó la paz en 241 dando fin así este tercer conflicto entre las dos potencias. Las cláusulas nos son, una vez más, deficientemente conocidas pero, a juzgar por la panorámica existente con posterioridad a esta fecha, Egipto no salió mal parado: a cambio de su renuncia a cualquier aspiración territorial en el Imperio Seleúcida, obtuvo, además de la soberanía de Seleúcida de Pieria, puerto de Antioquía (hecho sorprendente a todas luces), considerables ventajas en el litoral anatolio, especialmente en Cilicia, Panfilia y Jonia. A partir de entonces también, y por un modo para nosotros desconocido, los Ptolomeos comenzaron su penetración en Tracia y el Helesponto.

b) Los acontecimientos políticos en las regiones orientales seleúcidas. Las primeras secesiones

Ya hemos comentado, *supra*, algunos de los rasgos que caracterizaron la acción de los primeros seleúcidas en las satrapías superiores de su Imperio y cómo se llegó a la occidentalización de éste a partir del 283, cuando los conflictos permanentes en las regiones occidentales determinaron la presencia de los reyes y su alejamiento de las orientales, de tal suerte que en Pérside y Bactriana la autoridad seleúcida fue pronto puesta en tela de juicio.

En todo caso, es imprescindible poner de manifiesto para evitar malas interpretaciones, que los movimientos subversivos surgidos en estas dos regiones lo hicieron por motivaciones distintas y de manera independiente, es decir, sin conexiones entre ambos, así como tampoco puede hablarse en modo alguno de una sublevación popular generalizada. En cuanto a los estratos altos de la población irania, herederos de las clases dirigentes de época aqueménida, tampoco adoptaron una postura uniforme respecto a la monarquía seleúcida. Miembros de esta nobleza se insertaron en el entorno de los nuevos dinastas, ocupando puestos estacados en el ejército y la administración con objeto de continuar disfrutando de los privilegios inherentes a su clase. El resultado de este acercamiento fue su helenización más o menos acusada. Pero, al propio tiempo, se manifiesta una conexión profunda con las tradiciones y religiosidad nacionales. Esto se notaba más en la Pérside, de forma que allí el conservadurismo respecto al pasado se mantuvo más intacto. Media, sin embargo, por su posición entre ambas partes del Imperio, fue más cuidada por los reyes y recibió una mayor atención, a la par que la helenización le afectaría con más profundidad. Aquí, a excepción de la zona septentrional, la Atropatene, no parecen haberse suscitado veleidades independentistas.

De todas las maneras, la adaptación de los iranios al helenismo fue muy limitada y cuando se produjo, superficial. De ahí, que desde los mismos comienzos de la nueva época postalejandrina, se desarrollara una literatura apocalíptica de carácter antigriego que se combinaba, a su vez, con el continuismo de la religiosidad vigente en tiempos de los Aqueménidas. Todo ello, si bien no bastaba por sí solo para hacer quebrar el poder político vigente de los Seleúcidas, sí podía constituir la base ideológica unificadora que sustentara un movimiento rebelde cuando el poder político se viera minado por otras causas. Cabe señalar, sin embargo, que no podemos evaluar con exactitud, en el estado actual de nuestra información, la fuerza de una y otra influencia y el

juego existente entre ambas.

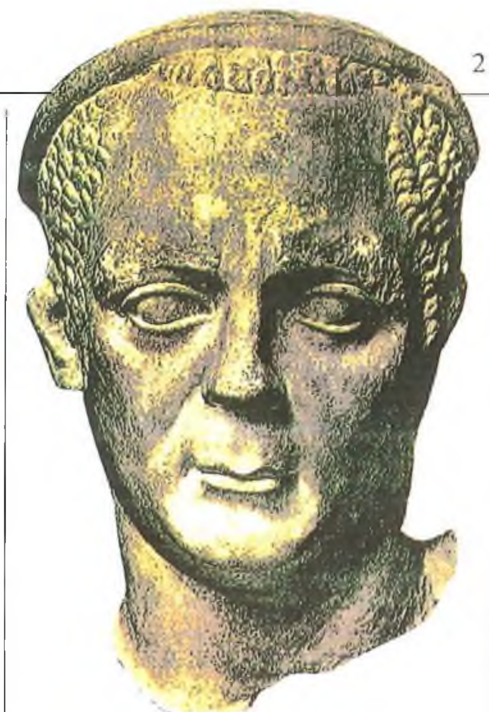
Asimismo, y por la misma razón, tampoco nos es dado saber con plena certeza cuándo se produjeron las primeras secesiones en la mitad oriental del Imperio Seleúcida.

Respecto a la Pérside se estima, en base a datos exclusivamente numismáticos, que esta región había accedido a la independencia ya en tiempos de Antíoco I, pues las únicas monedas seleúcidas conocidas datan de Seleuco I, siendo sustituidas inmediatamente por otras con simbología mazdea. Sus promotores, miembros de la antigua nobleza irania y de acuerdo con el conservadurismo propio de la región, habrían aprovechado las dificultades con que se encontró Antíoco I para alzarse con la sucesión paterna, (vistas ya *supra*), el cual, ocupado en dar solución a aquéllas, no podría evitar dicha secesión, imposibilitado como estaba de sofocarla.

El inconveniente para admitir esta hipótesis reside en que sabemos de la presencia seleúcida en la Pérside hasta Antíoco III, la cual sólo podría justificarse bien fuera suponiendo que los reyezuelos persas reconocían una autoridad superior seleúcida, o que esta dinastía habría logrado imponerse nuevamente.

Otros opinan, empero, que la independencia de dicha región se alcanzó en época de Seleuco II y, al igual que en el caso de Partia, sería una consecuencia de la tercera guerra siria y la invasión de Asia efectuada por Ptolomeo III. No obstante, de admitir esto, ha de acordarse, como en el caso anterior, un restablecimiento de la hegemonía seleúcida previo a Antíoco III.

La secesión de Partia se llevó a cabo, en efecto, en el 245 durante el conflicto entre Seleuco II y Ptolomeo III. El protagonista de este movimiento independentista fue su sátrapa Andrágoras, cuyo nombre aparecía en las monedas acuñadas durante los años de su mandato. Éste, a diferen-



Cabeza de Antímaco I de Bactria. Cliptoteca de Carlsberg, Copenhague.

cia de otros gobernadores iranios que aprovecharon asimismo la marcha militar de Ptolomeo III en Asia para apartarse de la autoridad seleúcida, no prestó tampoco su vasallaje al soberano egipcio, sino que se erigió en poder autónomo, permaneciendo así hasta morir a manos de bárbaros conocidos como partos en 239 ó 238.

El caso de Andrágoras es sumamente ilustrativo por varias razones. En primer lugar, por la misma situación geográfica de Partia por donde discurría la gran vía real en el punto más amenazado por el peligro procedente de los pueblos de las regiones septentrionales. A su vez, Andrágoras podía esperar en principio represalias de ambas partes del Imperio seleúcida separadas por Partia. Al no producirse éstas, es evidente que el sátrapa debió contar con la aquiescencia de sus colegas orientales. Es decir, Andrágoras no puede considerarse un ejemplo aislado, sino parte de un conjunto formado por los sátrapas de la parte oriental.

Es así como también Bactriana entró en esta misma corriente de sesgo secesionista, que culminó con la independencia de la región bajo Diodoto. Aquí, no obstante, parece que se asistió a un período de gestación que duró unos siete u ocho años desde 245 a 239/-8. Comenzó, como en los demás casos, con la presencia de Ptolomeo III en Mesopotamia, pero de forma lenta, apreciándose en las modificaciones introducidas en las monedas seleúcidas, primero en la mutación de la simbología religiosa, después en el cambio de la efigie de Antíoco por la de Diodoto, manteniéndose, sin embargo, el nombre del rey, hasta acabar finalmente por eliminar éste, sustituido por el de sátrapa. (Pueden consultarse sobre estos aspectos obras dedicadas a la numismática: Newell, *Royal Greek Portrait coins*, Nueva York, 1937; Seltman, *Greek coins*; Narain, *Indo-Greeks*).

Esta serie de acontecimientos no debe ser analizada tan sólo a la luz de un pensamiento o ideología separatista, alentada por el mantenimiento de las tradiciones, sobre todo las de índole religiosa. En este aspecto conviene también señalar, como lo hace S.K. Eddy (*The King is dead*, pp. 69-72), que las divergencias religiosas iranias (religión real aqueménida, zoroastrismo puro, religión de los Magos) impedirían la existencia de un movimiento generalizado —del que por lo demás las poblaciones rurales se mantenían absolutamente apartadas—, surgido en el seno de la nobleza y clases privilegiadas en general. Por lo demás, una fuerte corriente iranizante abierta y activa —de la que no hay huellas en época seleúcida— solo podría justificarse de haberse producido por parte de los griegos agresividad hacia la religión local, lo que no se halla testimoniado en absoluto. Más bien al contrario, existieron casos de adhesión por parte de representantes de la nueva clase macedónica dirigente a las antiguas formas religiosas de aquellas zonas.

Se trata, pues, de un problema complejo dentro del cual resulta asimismo imprescindible examinar el papel que tenía el elemento griego de la población en las satrapías iranias y cómo actuó en todo este movimiento. Por una serie de testimonios —monedas, cerámicas y otros vestigios arqueológicos— sabemos que los grupos de helenos enraizados en estos territorios orientales mantuvieron vivos no sólo su lengua sino los lazos que los unían con los griegos occidentales y con su cultura propia. De tal manera es esto así que Bactriana, por ejemplo, actuó como un foco importante de irradiación cultural griega, hecho corroborado plenamente por excavaciones arqueológicas, perceptible, incluso, en los comienzos de la nueva era. Esta relación duradera y fructífera con la civilización griega no conllevaba ningún sesgo de animadversión hacia el elemento indígena, lo cual es fundamental para comprender cómo pudo instaurarse en Bactriana una monarquía griega sin contestación por parte de los iranios y, si esto no se produjo, es porque de hecho convivían en una simbiosis perfecta. A su fortalecimiento debió también coadyuvar de manera directa un peligro común: los nómadas. Era necesario unirse para hacerles frente con éxito. Asimismo, el gobierno durante unos años de un rey como Antíoco I, hijo de macedonio e irania, sería otro factor transmisor de solidez a esta convivencia. De hecho, el pensamiento fundamental de Alejandro fue aquí en el único lugar donde se mantuvo vivo.

Así pues, tanto un Andrágoras como un Diodoto debieron considerar, a la hora de consumar su separación de los Seleúcidas, los intereses inmediatos que requerían de un poder central volcado hacia ellos —la defensa de la frontera irania septentrional, etc.— y que la monarquía establecida no podía defender, ocupada en su supervi-

vencia frente a amenazas externas y en su propia conflictividad interna. Esta explicación no es defendida por todos los estudiosos del problema con la misma fuerza. Así, por ejemplo, J. Wolski («Les Iraniens et le royaume gréco-bactrien»; *Klio* XXXVIII, 1960, pp. 115 ss.) carga las tintas en el aspecto referente a las ambiciones de poder personal que tales personajes tendrían, así como minimiza la participación de los griegos en estas revueltas, quienes tan sólo habrían apoyado a los iranios rebeldes. Está de acuerdo, no obstante en considerar las acciones tanto de Andrágonas como de Dioto como la expresión de las tendencias defensivas de la población irania y griega, acentuadas por el descuido de los Seleúcidas respecto a ellas.

Origen de los Partos (Parnos)

La presencia de este pueblo de gran porvenir histórico puede seguirse desde sus comienzos gracias a Justino, es decir, Trogo Pompeyo y Estrabón. La cronología exacta, sin embargo, es cuestión sumamente discutida. Por otra parte, es evidente la influencia que los acontecimientos desarrollados en el Occidente del Imperio Seleúcida, es decir, la guerra entre los dos hermanos, tuvieron en el devenir histórico de la mitad Oriental.

Ambos autores nos informan sobre los orígenes de los partos y su presencia dentro de los límites del Imperio Sleúcida. El primero (XLI. 1.10-11;4, 3-8) dice que Arsaces, acostumbrado a vivir de la rapiña y del bandidaje, penetró en Partia al recibir la noticia de la derrota de Seleuco II a manos de los Galos, logrando rechazar a Andrágoras, que murió, e invadiendo el territorio gobernado por éste. Después, se apoderó de Hircania y reunió un gran ejército que hiciera posible un enfrentamiento con Seleuco II y Diodoto de Bactriana. Por su parte Estrabón (XI 9, 2-3) nos aclara la personalidad de Arsaces, un escita que había agrupado en torno a él a los nómadas llamados los Parnos, habitantes a lo largo del río Ochos, con los cuales conquistó Partia.

Esta irrupción de los Parnos culminada por el éxito se habría producido, pues, tras la batalla de Ancira, en la cual Seleuco fue vencido por los Gálatas aliados de su hermano Antíoco Hierax, acaecida en 240 ó 239, momentos también en que Diodoto se erigió en rey de Bactriana. La datación habría que situarla, por tanto, en torno al 239 ó 238.

Lo que ya no está tan claro es la gestación de este proceso de conquista, tanto en lo relativo al pueblo como tal como su presencia en el interior del Imperio Seleúcida. Se trataba en principio probablemente de escitas habitantes más allá del mar de Aral. Quizá éstos fueran los nómadas que irrumpieron en los dominios seleúcidas en la época del fundador de la dinastía, penetrando por el valle del Ochos, y que, ante la imposibilidad de expulsarlos, fueron tolerados por los Seleúcidas durante varias décadas. A su vez, estos Parnos pretenderían extenderse por las regiones bañadas por el Ochos, siendo rechazados, hacia el 250 quizá, por Diodoto. Posteriormente, repetirían la intentona en los territorios de Andrágoras, en Partia, donde, como hemos visto, lograrían su objetivo. Aunque es imposible delimitar con exactitud la extensión conquistada por Arsaces, ocupaba con certeza la vía real entre Media y Margiana. En todo caso, ello significaba que las comunicaciones entre las satrapías occidentales y orientales dependían a partir de entonces de la fidelidad de la Pérside, pues también por el Sur estaban cortadas desde esta época. Así pues, la autoridad seleúcida en todas estas zonas quedó seriamente en entredicho a consecuencia de la guerra entre los dos hermanos seleúcidas.

Reacción de Seleuco II

Sería precisamente la gravedad de la situación en la mitad oriental del Imperio lo que impulsaría a Seleuco II a concertar la paz con su hermano con objeto de tener las manos libres para actuar en aquellos territorios. En el momento en que ésta se produjo —año 236— el rey estaba en posesión todavía de la Cilicia Plana, Siria del Norte, Mesopotamia, Babilonia, Susiana y Media. Es incierta la suerte que corrió el resto de los territorios iranios tras el asentamiento de los partos y sus secuelas políticas ulteriores.

Son nuevamente Justino y Estrabón quienes nos dan información sobre las acciones posteriores, si bien falta una vez más la cronología precisa. Según la narración del primero (XVI 4,8-10; 5, 1 ss.) Arsaces, tras firmar un tratado de paz y alianza con Bactriana, gobernada tras la muerte de Diodoto por su hijo Diodoto II se enfrentó a Seleuco II el cual había acudido a aquella zona para intentar acabar con la subversión. Sin embargo, fue vencido. Poco después volvería Seleuco a Asia —sigue Justino— a causa de la renovación de los conflictos, siendo aprovechado esto por Arsaces para la organización del reino parto. Estrabón por su parte (XI 8,8) alude al hecho de que el dirigente parto en su huida provocada por Seleuco II se refugió entre los Apasiakai. Ello probaría que tras los primeros resultados negativos, el soberano seleúcida lograría finalmente rechazar a Arsaces hasta la zona del valle bajo del Ochos, pero la renovación de las hostilidades en la mitad Occidental le impedirían consolidar sus éxitos. Cuándo se produjeron estos acontecimientos es incierto. Will (*op. cit.*, p. 279) se inclina a situar la expedición del rey entre 230 y 227. Quedaba claro una vez más, no obstante, que la situación de las satrapías orientales estaba realmente subordinada a los sucesos de occidente como evidenció el abandono por Seleuco II de unas campañas que con esfuerzo había logrado volver favorables a él.

Este luchador incansable, por más que sus empresas resultaran en parte fallidas, murió poco después, en el 226. De hecho, su lucha permanente resalta lo que era la mayor debilidad del Imperio regido por él: su propia extensión. Era humanamente imposible, con las condiciones materiales reinantes en la Antigüedad, acudir con prontitud a los lugares de conflicto cuando éstos estaban separados por miles de Kilómetros y, sin embargo, era imprescindible. Al no producirse, la disgregación era consecuencia inevitable.

c) El conflicto entre Seleuco y Antíoco Hierax

El surgimiento de un enfrentamiento entre los dos hermanos arranca de un hecho, ya comentado, acaecido durante la 3ª guerra siria. La necesidad de ayuda sentida por Seleuco II, y recabada de su madre y hermano menor, determinaron la cesión a éste de parcelas de poder que, una vez terminado el conflicto con Ptolomeo III, pretendió volver a controlar. La negativa de Antíoco significaba la guerra.

Aunque la legitimidad de Seleuco II era incuestionable, Antíoco, quizá guiado por su madre y/u otros consejeros dada su juventud, había sabido ganar adeptos entre otros gobernantes, algunos de los cuales veían con agrado estas disensiones internas que debilitaban el poderío seleúcida y su capacidad de maniobra cara al exterior. Así lo entendieron, por ejemplo, Mitrídates II del Ponto, Ariarates II de Capadocia o Zielas de Bitinia que se decidieron a apoyar a Antíoco, símbolo de la división del Imperio. Sin embargo, otro rey de gran significación, Atalo I de Pérgamo, que en un primer momento quizá se mantuvo al margen del conflicto fraticida, tenía

unos intereses contrapuestos a los de Antíoco Hierax y los defendió con todas sus fuerzas.

Sobre el desarrollo puntual de las acciones habidas en el enfrentamiento, tenemos información muy deficiente, de modo que sólo las conocemos en líneas generales. El comienzo de las hostilidades parece protagonizado por Seleuco II, al actuar en Asia Menor. Su hermano no dudó para combatirlo en echar mano de los Gálatas. En principio, el balance era positivo para Seleuco, pero parcialmente, pues a continuación —en 240-239— fue derrotado por Antíoco en Ancira, al pretender impedir a éste la unión con las fuerzas de sus aliados pónticos y capadocios. Tras esta batalla se concertó la paz entre ambos, consagrándose con ella la división del Imperio, al ser transferida a Antíoco Hierax Asia Menor. También a consecuencia de ella, se produjeron los acontecimientos secesionistas analizados en las satrapías iranias. Quiere decirse, pues, que esta guerra entre los dos hermanos seleúcidas fue trascendental absolutamente para el destino histórico del Imperio.

d) Enfrentamientos bélicos entre Átalo I y Antíoco Hierax. Desaparición de los dos reyes seleúcidas

La favorable posición alcanzada por Antíoco Hierax tras la guerra fratricida con su hermano estuvo a punto de derrumbarse a consecuencia de lo inesperado: sus aliados gálatas se volvieron contra él. Ello le obligó a comprar la continuación de su alianza, debiendo además volcar su violencia hacia Pérgamo, peligroso contrincante para quien pretendiera erigirse con la hegemonía de Asia Menor. Tal estratagema le salió mal a Hierax, pues, pese a todo, fue derrotado por Átalo I. Estos sucesos acaecieron en torno el 238 ó 237.

Posteriormente, uno y otro se vieron obligados a desplegar toda su energía para vencer la fuerza de los Gálatas. Este período fue así un paréntesis en la enemistad activa entre ambos monarcas que finalmente se tradujo en el estallido de otra guerra, situada entre 229-227, y cuyo saldo fue desfavorable al seleúcida. Antíoco Hierax, en efecto, se vio obligado a hacerle frente sin ayudas foráneas y al ser sus fuerzas inferiores a las pergámenas fue vencido por Átalo I en tres ocasiones: en Frigia helespóntica, Lidia y Caria. Tras estos desastres, pretendió acabar con el poder de su hermano, que a la sazón estaba en Irán, haciendo acto de presencia en Cilicia primero y en Mesopotamia después, para ser finalmente derrotado por estrategas de Seleuco. Poco después en 226, murió asesinado en Tracia. Con él Asia Menor se perdió definitivamente para el Imperio Seleúcida, devorada por el expansionismo pergámeno.

También por entonces en el mismo año 226 desapareció Seleuco II tras veinte años de gobierno. Su último acto conocido fue el envío de ayuda a los rodios, arruinados por el seísmo acaecido en 227.

e) Seleuco III (226-223)

La sucesión de Seleuco II se hizo en la persona de su hijo mayor Seleuco III. De la breve duración de su reinado tan sólo sabemos la campaña dirigida contra el rey pergámeno Átalo I, continuación probable de los postreros planes de su padre, el cual, sorprendido por la muerte, no tuvo tiempo de llevar a término. Su hijo y sucesor no tuvo mejor suerte, pues apenas había comenzado su penetración en Frigia, una vez franqueado el Tauro, cuando pereció asesinado. Su hermano Antíoco III que se hallaba entonces en Babilonia debió ser llamado urgentemente para ponerse al frente del Imperio.

III. Antíoco III

1. Primera fase de su reinado: revuelta de Molón y usurpación de Aqueo

El nombramiento del nuevo rey seleúcida se debió, de hecho, a la voluntad de un influyente personaje, Aqueo, pariente de Antíoco, a quién parece se le ofreció el trono pero que, en un alarde de lealtad a la casa reinante, rechazó. No obstante, todo parece indicar que a lo largo de este intervalo tomó algunas medidas administrativas de alcance, cuales fueron la colocación de Molón, sátrapa de Media, al frente de las satrapías superiores, ayudado por su hermano Alejandro y su autonombramiento como gobernador general de Asia Menor, cuya reconquista debía completar y que se aprestó a llevar a cabo contra Pérgamo. Así, los progresos territoriales conseguidos por esta ciudad al socaire de la anterior inestabilidad quedaron anulados con rapidez, ya en el 222. La administración civil y financiera quedaba reservada a Hermias que ya había disfrutado de prerrogativas similares en los reinados anteriores (seguro con Seleuco III. y no tanto en el caso de Seleuco II).

Pero la relevancia de esta personalidad política no se deriva tan sólo de este papel, sino sobre todo de la influencia que acertó a ejercer sobre Antíoco III, alejándolo de cualquier otro influjo. A la par, la tradición se hace eco del odio despertado por Hermias entre la población y los propios estratos dirigentes.

Es precisamente ésta, una de las razones aducidas por Polibio (V, 41-47) para justificar la sublevación de Molón, desencadenada en el transcurso del 222. El rey, en vez de intentar atajarla personalmente, medida aconsejada por su estratega Epigenes, se dejó convencer una vez más por Hermias, partidario decidido de una expedición contra Celesiria que expulsara definitivamente a los egipcios de suelo seleúcida. La prioridad de tal empresa logró mantenerse pese al avance de Molón, que ocupó las regiones orientales el Tigris, debido probablemente a que Hermias consideraba el momento especialmente propicio para la reconquista de la Celesiria, ante un Ptolomeo III ya inactivo en sus últimos momentos de vida.

Molón, sin embargo, seguía presionando. Se apoderó de Seleucia —una vez derrotado el ejército seleúcida comandado por Xenoitas— llegando hasta Doura-Europos, usurpando también la titulación real, según testimonios monetales. Sólo entonces el rey decidió encarar el problema, aún en contra de la opinión de Hermias a

quien de nada sirvió hacer asesinar a Epigenes. Las operaciones contra el usurpador alcanzaron en esta ocasión el éxito apetecido, a consecuencia de lo cual Molón se suicidó.

Tras proceder a la reorganización de los territorios, Antíoco fue benévolo con los seguidores del sublevado y con cuántos le apoyaron, pese, una vez más, a los consejos de Hermias, de quien terminó por desembarazarse al darse cuenta de las ambiciones personales que albergaba.

Al rey seleúcida le quedaba, no obstante, otro grave problema, constituido por la proclamación de Aqueo como rey en 220, hecho contrastante con su fidelidad a ultranza demostrada anteriormente. Por ello precisamente es necesario buscar una explicación a este cambio de conducta: quizá fue motivado por la noticia falsa de la muerte de Antíoco, o por ambición personal —aducida por Polibio (IV 48, 11-12), pero no del todo probable en la trayectoria del personaje— o por la intervención de la diplomacia lágida, hecho siempre repetido, o por la mediación de otros factores como la necesidad de liberar al Imperio del gobierno de un Hermias. No obstante, la desaparición de éste no supuso el abandono de la titulatura real por parte de Aqueo ni Antíoco, de momento, puso empeño en ello.

Las acciones para acabar con esta doble monarquía se pusieron en marcha en el 216, finalizada la 4ª guerra siria. La posición de Antíoco III tras Rafia distaba de ser airosa, pero, para llevar a cabo sus proyectos inmediatos —la gran expedición irania—, era imprescindible eliminar a cualquier enemigo que quedara a sus espaldas, a la par que su propia dignidad le impedía dejar que la posición de Aqueo se consolidara. Se decidió, así, a concluir primero una alianza con Átalo de Pérgamo con objeto de formar una tenaza sobre Aqueo. Desconocemos el desarrollo pormenorizado de cuatro años consecutivos de luchas, al haberse perdido gran parte del texto polibiano correspondiente. El enfrentamiento definitivo se centró en torno a Sardes, donde Aqueo cayó por traición. La restauración de la autoridad seleúcida en Asia Menor era, pues, un hecho, si bien de alcance limitado, pues no tenía ya la amplitud territorial de otros tiempos. Aún desconociendo sus límites exactos, lo más significativo es su falta de salidas marítimas, en posesión éstas de Egipto —así en Jonia, Éfeso, Caria y costa meridional— y de Rodas.

2. La 4ª guerra siria

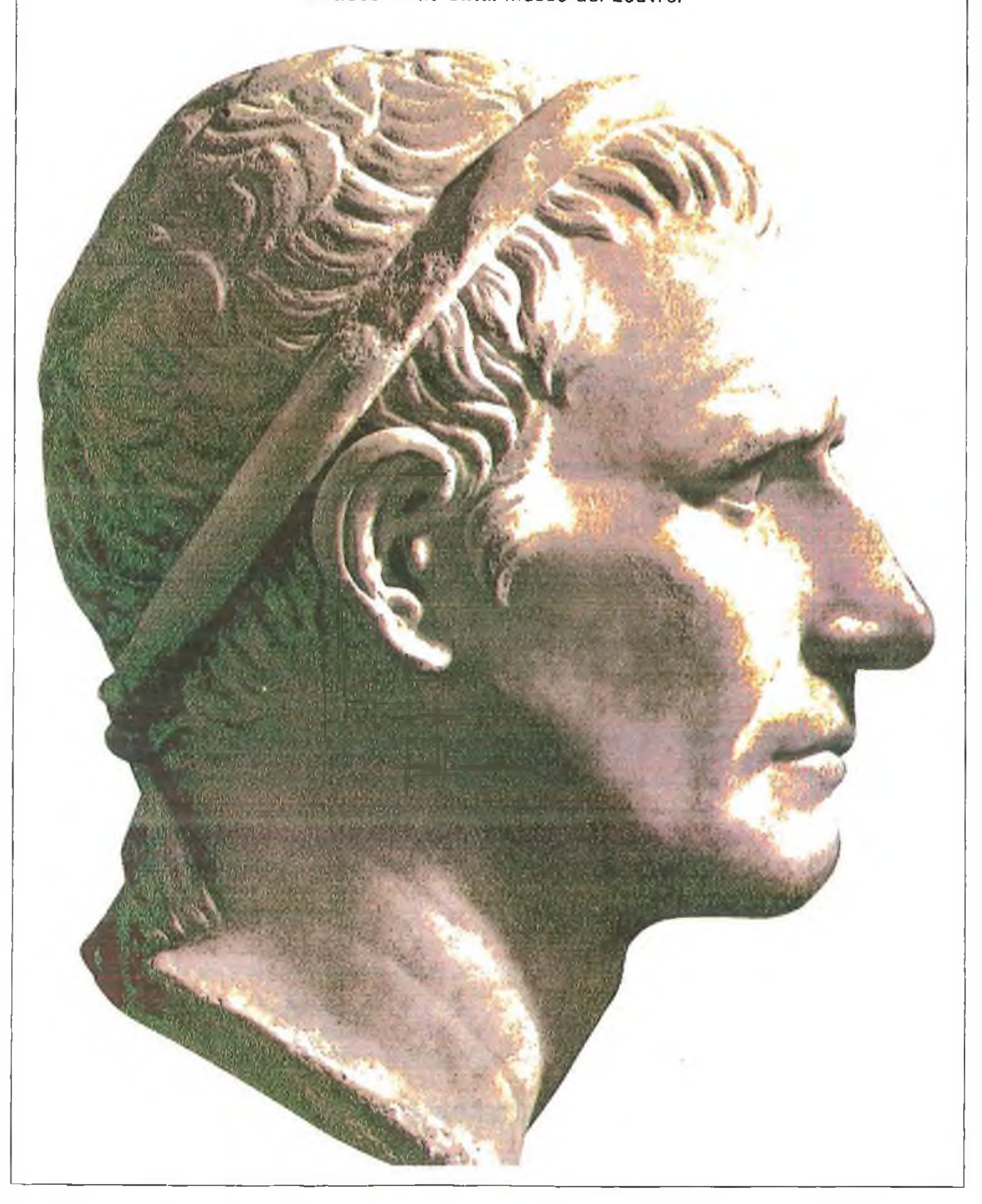
El deseo de expulsar a los egipcios del territorio seleúcida estuvo desde el primer momento entre los planes más perentorios de la Administración de Antíoco III, según ya hemos mencionado. El hecho de encontrarse el trono de Alejandría en manos de un monarca más débil que sus predecesores, confería a la ocasión el don de la oportunidad.

La primera acción puesta en marcha se dirigió a la recuperación de Seleucia de Piera, puerto de Antioquía, en poder egipcio desde la marcha triunfal realizada por Ptolomeo III en territorio seleúcida. Su conquista se logró en el 219, a continuación de la cual Antíoco III continuó su avance hacia el Sur ante la sorpresa de los gobernantes egipcios, desprevenidos y sin preparación para la guerra. La actuación de algunos estados en calidad de intermediarios y la posibilidad de una alianza entre Aqueo y Egipto (así Polibio V, 66) detuvo a Antíoco que se avino a una tregua de cuatro meses a fines del 219.

A lo largo de este lapso de tiempo, Sosibios y Agatocles, auténticos regentes del país del Nilo, se dedicaron afanosamente a reorganizar sus defensas. La traición del etolio Teodoto, a quien se habían confiado las tropas de Celesiria —zona concebida como glacis defensivo de Egipto—, había

hecho peligrar la integridad de este país, de manera que urgía recomponer la estrategia defensiva egipcia. No vamos a entrar aquí en la consideración de las causas de estos fallos, pues pertenecen a la política interna de los Lágidas (*cfr.* capítulo correspondiente). Lo cierto es que Sosibios, haciendo gala de una capacidad organizativa increíble, pudo reunir un numeroso ejército. Para ello, se valió por vez primera en la historia de Egipto de los indígenas, medida revolucionaria cuyas consecuencias se verían posteriormente. Quedaron enrolados, en efecto, y según las estimaciones he-

Antíoco III de Siria. Museo del Louvre.



chas, unos 20.000 egipcios (*cfr.* capítulo correspondiente).

La vía negociadora no dio los resultados apetecidos, siendo así que Antíoco se dispuso a la definitiva reocupación de la franja territorial en disputa. Los comienzos le fueron favorables, pero, en el enfrentamiento decisivo entre ambos ejércitos, la victoria recayó de lado egipcio. La derrota de Rafia, el 23 junio del 217, significó la pérdida de Celesiria, alejándose a la par para Egipto el peligro de invasión. Por su parte, Antíoco III se retiró rápidamente del lugar a Antioquía so pretexto de tener un ataque por la espalda de Aqueo.

Tras una tregua entre las partes, Ptolomeo IV reemprendió la guerra invadiendo territorios seleúcidas sin que encontrara oposición, llegándose finalmente a una paz mediante la cual el lágida renunciaba a Seleucia de Pieria, pues el monarca egipcio, en efecto, no explotó su posición ventajosa frente a Antíoco. Se perdió, así, una ocasión única para Egipto de arruinar el imperio seleúcida, que ya no volvería a repetirse.

3. La expedición irania (212-205)

Las motivaciones subyacentes a esta «Anábasis» por las satrapías superiores, protagonizada por Antíoco III, aunque lejos de ser conocidas con total seguridad, pueden conjeturarse. Parece claro que la pretensión del rey era la de restablecer la extensión del Imperio Seleúcida en aquellas regiones tal como fue detentado por el primer rey de la dinastía, Seleuco I. Quizá en el fondo de todo esto estuviera una preocupación de índole financiera, pues ciertamente la merma de territorios habría significado para los Seleúcidas, entre otros perjuicios, una reducción de los ingresos regulares. Las continuas guerras sostenidas por los distintos monarcas y su culminación en el desastre de Rafia evidenciarían este recorte de recursos y pondrían sobre el tapete la necesidad de restablecerlos.

Nuestra información sobre la panorámica política existente en las diferentes regiones que conformaban las satrapías superiores es escasa y, desde luego, desigual para unas y otras. En Bactriana encontramos como rey a Eutidemo, quien habría desplazado a Diódoto II en el trono al oponerse a la política de éste de aliarse con los partos contra los Seleúcidas. La fecha exacta es desconocida pero posterior en todo caso al 227. Por otro lado, Arsaces I habría capturado nuevamente los territorios tomados por Seleuco II tras la marcha de este rey. De otras zonas lo ignoramos prácticamente todo.

Antíoco III, antes de acometer la empresa irania, se detuvo en Armenia, reino vasallo de los Seleúcidas pero cuyo rey Jerjes no pagaba el tributo debido. Hubo un tratado, pero después, parece ser, que fue eliminado junto con otro reyezuelo llamado Orontes, pues ambos, dice Estrabon (XI, 14, 15), fueron sustituídos por dos estrategos.

Ya en 211 el rey estaba en Media donde preparó su dispositivo bélico para ir contra partos y bactrianos. Obtuvo recursos financieros recurriendo a un hecho sumamente impopular: la expoliación del templo de Anaítis en Ecbátana donde se apoderó de todo el metal precioso disponible para acuñarlo, logrando así 4.000 talentos. También entonces asoció al trono a su hijo, muy joven todavía pues contaba solo 9 años, por si acaso él mismo moría en el transcurso de estas campañas.

El ataque contra los partos se produjo en el 209 y cogió por sorpresa a su rey Arsaces II, que recurrió al ardid no del enfrentamiento sino de la retirada, forzando así al ejército invasor a una marcha penosa en un terreno inhóspito. En todo caso, sabemos

de la firma de un tratado entre ambos, en cuyas cláusulas figuraría el compromiso del rey parto de abrir de nuevo las comunicaciones entre el Occidente y las satrapías del Extremo Oriente.

El éxito, si bien relativo, de Antíoco con Arsaces le franqueó el paso hacia el Este. Las tropas seleúcidas lograron hacer huir al ejército bactriano que les había esperado a orillas del río Arios. Eutidemo se retiró tras ello a Zariaspa donde se encerró. Sometida a sitio durante dos años, finalmente debió acceder a firmar un tratado, dado que el bactriano hizo saber a Antíoco la existencia de peligro de invasión de los nómadas de las estepas. A su vez Antíoco percibió la solidez del reino de Bactriana y renunció a sus pretensiones de someterlo nuevamente a la condición de satrapía. Reconoció así a Eutidemo como rey, dejándole su reino y fortaleciendo los lazos entre ambos con una alianza familiar, mediante el compromiso matrimonial de una hija de Antíoco con Demetrio, hijo de Eutidemo. El monarca bactriano cedió además al seleúcida, elefanates de guerra y financió el avituallamiento del ejército. Este desenlace, favorable ciertamente para Eutidemo, era políticamente el único posible, pues los hechos habían demostrado que un Imperio con las dimensiones alcanzadas por el

La situación en Bactria. Resultado de la Anábasis de Antíoco III.

Eutidemo era de Magnesia y al defenderse ante Teleas afirmó que Antíoco no obraba justamente expulsándole de su reino, pues nunca había intentado levantarse contra el rey, sino que mientras otros lo hacían, él había conseguido el reino de Bactria aniquilando a los descendientes de los antiguos gobernantes. Tras exponer otros argumentos del mismo tenor, suplicó a Teleas que, con buena voluntad, hiciera de mediador para lograr la reconciliación. Debía rogar a Antíoco que no sintiera celos por el nombre y estado real y tuviera en cuenta que, si no accedía a sus peticiones, no habría seguridad para ninguno de los dos. En efecto, había cerca gran cantidad de nómadas, lo que suponía un peligro para ambos, y si Antíoco consentía en admitirlos, toda la zona se convertiría en bárbara con plena seguridad.

Tras haber pronunciado estas plabras, volvió a enviar a Teleas a Antíoco. El rey, que hacía tiempo que consideraba una solución para tales asuntos, cuando supo estas razones de labios de Teleas, consintió gustoso en el arreglo por los motivos ya expuestos. Teleas volvió a presentarse ante Eutidemo y luego otra vez ante el rey y así varias veces, hasta que el primero, finalmente, envió a su hijo Demetrio para confirmar el acuerdo. El rey lo recibió y pensando que el joven era digno del poder real, tanto por su apariencia como por su comportamiento y dignidad, le prometió, en primer lugar, darle a una de sus hijas por esposa y luego consintió en otorgar a su padre el título de rey. En cuanto a los restantes puntos, firmó un tratado por escrito y una alianza sellada con juramento. Luego partió tras haber provisto generosamente de trigo a su ejército y añadir al número de sus elefantes los que procedían de Eutidemo.

Cruzó el Cáucaso y bajó a la India, renovando allí su amistad con Sofagaseno, rey de los Indios. Se procuró allí más elefantes, de modo que su número total ascendió a ciento cincuenta y, tras proveer de trigo nuevamente a su ejército, partío otra vez con él dejando a Andróstenes en Cícico para recoger los dineros que el rey había consentido en pagar. Luego atravesó Aracosia y cruzando el río Erimanto, llegó hasta Carmania a través de Drangene. Allí, como la estación invernal estaba a punto de comenzar, ordenó levantar sus cuarteles de invierno. Este fue el resultado final de la expedición de Antíoco hacia el interior, gracias a la cual no sólo obligó a la obediencia a los sátrapas de aquellas regiones, sino también a las ciudades marítimas y a los dinastas de aquella parte del Tauro. En resumen, aseguró así su reino, llenando de admiración a todos sus súbditos por su arrojo y empeño. Fue esta expedición lo que le hizo aparecer digno de la realeza no sólo ante los habitantes de Asia sino ante los de Europa.

(Polibio *Historia* XI, 39, 1-16)

Seleúcida era absolutamente inmanejable. El contar con reinos vasallos liberaba a los Seleúcidas de las preocupaciones y deberes administrativos y les otorgaba los beneficios de la libertad de comunicaciones, es decir, protegía los intereses económicos y financieros, auténticos móviles de la historia.

Zanjada la cuestión en Bactriana, Antíoco III se dirigió hacia el Indo, según el relato de Polibio (XI 34, 11-12) alusivo a regiones iranias anexionadas por reyes indios de la dinastía Maurya, cuyo imperio se encontraba ya en plena decadencia. Allí no se nos menciona ningún acto bélico, pero Antíoco estaba en condiciones de superioridad como lo indica que el monarca reinante le entregara elefantes, una fuerte suma y avituallara al ejército. A continuación, emprendió su regreso a Occidente por el Irán meridional donde se embarcó hacia Arabia, mientras el resto del ejército lo hacía por tierra.

La presencia del monarca seleúcida en aquellos lugares tenía, al parecer, un motivo de signo no político sino económico, pues frente a la isla de Bahrein existía un estado árabe en torno a Gerrha, cuyos recursos procedían del comercio caravanero por su situación entre los estados helenísticos y el Oceáno Índico. Pero de este flujo comercial era Egipto quien más se beneficiaba, hecho que Antíoco III pretendió modificar en su favor.

Finalizada esta Anábasis, Antíoco III tomó, o quizá mejor le otorgaron otros —pues no aparece en sus monedas—, el título de Gran Rey (*Basileus Megas*). Aludiría a su situación de rey superior en relación a la serie de reinos vasallos conformados en territorios ahora bajo dominación seleúcida, y que Antíoco se vio forzado a reconocer. En este sentido puede decirse que esta expedición, grandiosa en cuanto a su concepción y realización material, fracasó al no alcanzar los objetivos prvistos presumiblemente en principio por su protagonista. Sin embargo, le dio ante los ojos de propios y extraños una aureola de prestigio inapreciable. Por lo demás, las complicaciones surgidas en el Occidente del Imperio le impidieron consolidar los mediocres resultados obtenidos.

4. Política occidental de Antíoco III tras el fin de la Anábasis

El retorno del monarca seleúcida a Occidente, una vez finalizada la gran expedición irania, coincide con dos importantes hechos históricos: uno el comienzo, o mejor, la clara manifestación de las aspiraciones egeas de Filipo V; otro, el cambio dinástico acaecido en Egipto, que llevó al trono de los Lágidas a un niño de 6 años —Ptolomeo V— con la particularidad, además, de hallarse el país en medio de una grave crisis económica y política que le imposibilitaba la prosecución de sus actividades fuera de su propio ámbito territorial.

Este marco internacional favorecía en parte las aspiraciones programáticas de Antíoco, tendentes a reconquistar para su Imperio cuantos territorios habían estado en posesión de sus antepasados seleúcidas. En todo caso, antes de proseguir estos planes, el monarca modificó algunos aspectos relativos a política interior. Así, emprendió una reestructuración administrativa, destinada a aplicar a todo el ámbito territorial el modelo aplicado en Asia Menor, es decir, la supresión de las satrapías y su sustitución por provincias, unidades más pequeñas y susceptibles, por ello, de un mayor control por parte de los gobernadores, o estrategas, en cuyas manos se concentraban poderes militares y civiles. La finalidad especialmente militar de tal reforma —se trataría de tener un control más efectivo sobre los distritos donde se efectua-

ban levas de soldados— es subrayada por Bengston (Str. II, p. 143 ss.).

Dentro de este conjunto de medidas de carácter centralizador se inserta otra de finalidad similar, aunque desconocemos su cronología exacta: la institución por vez primera de un culto real oficial, es decir, de un culto de Estado impuesto en la totalidad del Imperio. No se trataba estrictamente de una novedad, pues el monarca era objeto de culto por parte de aquellas comunidades que voluntariamente querían atribuírselo. Ahora, sin embargo, se organizaba e imponía a todos desde la misma cúpula del Estado. (*cfr.* E. Bickerman, *Institutions des Seleucides,* p. 247 ss.)

a) Acuerdo con Filipo V

La conjunción de los dos factores antes señalados dictó que Antíoco III, ahora fortalecido, decidiera apoderarse de las posesiones lágidas situadas en ámbito seleúcida o en zonas de interés. Hay que señalar además, que la manifiesta debilidad de Egipto había determinado el pago voluntario de algunos de sus enclaves en Anatolia a ponerse bajo autoridad seleúcida. El caso más conocido es el de la caria Amizón (Welles, RC, nº 38).

Mayor alcance, a nivel teórico al menos, tenía el pacto concluido entre Filipo V y Antíoco III sobre el reparto del Imperio Lágida. Sus cláusulas no nos son conocidas exactamente por la pérdida del texto polibiano alusivo a ellas, pero al parecer y según una noticia escueta del mismo historiador griego, Filipo se apoderaría de Egipto, Caria y Samos, mientras Antíoco lo haría de Celesiria y Fenicia (Pol. III 2.8). Sin embargo Apiano ofrece una versión algo distinta (Mac. 4.1), pues habla del apoyo prometido por Filipo al monarca seleúcida para apoderarse de Egipto y Chipre, mientras éste actuaría de manera similar con el rey macedonio en relación con Cirene, las Cíclades y Jonia.

Que esto sucediera en efecto así, bien fuera de una u otra manera, es difícil decirlo (era un tratado secreto), pero es cierto en todo caso que algo hubo y el convencimiento absoluto de ello por parte de Polibio así lo demuestra. Quizá, tan sólo se especificara la delimitación de las zonas de influencia respectivas, comprendiendo en ellas los antiguos dominios lágidas: Antíoco habría dejado Caria a Filipo para poder lanzarse con tranquilidad a la conquista definitiva de Celesiria.

b) 5ª guerra siria (202-200)

El nuevo conflicto con Egipto tenía como objetivo la Celesiria. El ejército seleúcida parece haber ocupado con facilidad todo el territorio, excepto Gaza que resistió defendida por el etolio Escopas, a cuyo cargo estaba la defensa de toda la zona. La contraofensiva de éste, sin embargo, no obtuvo ningún éxito pues finalmente vencido en Panion. Esta victoria, acaecida el año 200, significó la pérdida definitiva de dicho territorio para los Lágidas, anexionado así al Imperio Seleúcida como provincia de Celesiria y Fenicia.

Se produjo entonces el envío a Antíoco de una embajada romana para mediar entre ambos monarcas en conflicto y cuyo objetivo aparente era obtener del seleúcida el compromiso de respetar Egipto. En profundidad, sin embargo, se pretendía evitar por parte de Roma la alianza de éste con Filipo V en caso de producirse un conflicto, ya entonces previsible.

Conviene señalar en este punto que mientras se desarrollaba la guerra por la posesión de Celesiria, Filipo V desplegaba una gran actividad en el Egeo y costa anatólica. La peligrosidad que éstas encerraban motivó la formación de un frente contra él en el que participaron los estados afectados, Rodas y Pérgamo más Quíos, Bizancio y Cícico. Aunque las acciones

de Filipo no podían en absoluto ser bien vistas por Antíoco, éste no intervino, lo cual puede avalar indirectamente la existencia de un convenio entre ambos, si bien Filipo tampoco encontró el apoyo esperado cuando el ejército macedonio tuvo dificultades de avituallamiento.

c) Antíoco III en Anatolia

El estallido de la segunda guerra de Macedonia impidió a Filipo V continuar con sus proyectos expansionistas en el Egeo y Asia Menor, pues se vio forzado a emplear todos sus recursos en la resolución de este conflicto. La oportunidad que la fortuna brindó a Antíoco fue aprovechada de manera inmediata por éste, una vez cumplido su propósito de reconquistar Celesiria.

La intervención personal del rey no se produjo hasta el año 197 una vez realizadas las campañas previas encargadas a Zeuxis, su gobernador en Asia Menor. Las operaciones de Antíoco se centraron en el litoral, dado que el objetivo a conseguir no era otro que recuperar las salidas al mar de que otrora habían dispuesto los Seleúcidas (para mayor detalle remitimos al capítulo dedicado a Asia Menor). La serie de éxitos alcanzados por el monarca desencadenó, sin embargo, que Esmirna y Lampsaco, temerosas de perder su independencia, le opusieran resistencia y acudieran a Roma en demanda de apoyo.



Cabeza de Eutidemo I de Bactria sobre una moneda. Boston, Museum of Fine Arts.

d) Antíoco y Roma desde 196: guerra entre ambas potencias

La contraposición de intereses existente entre Roma y el Imperio Seleúcida encabezado por Antíoco III, en torno a los cuales giraban además otras potencias con ambiciones pro-

pias, abocó finalmente al enfrentamiento directo entre las dos primeras. Las circunstancias que confluyeron en la gestación del conflicto no vamos a exponerlas aquí puesto que están analizadas en el capítulo consagrado a Asia Menor, al cual remitimos al lector una vez más.

Una vez planteada la guerra, Antíoco tuvo en Grecia de su parte a los etolios, mientras Roma conservaba la alianza de la Confederación aquea y de Filipo V. Tuvo dos fases, una en Europa otra en Asia. La primera acabó en la desbandada del ejército etolio-seleúcida, acaecida en las Termópilas en el 191, tras la cual el rey se retiró a Asia, mientras la resistencia de los etolios y otros pueblos comprometidos con él era sofocada por los romanos. La segunda culminó en la batalla librada en Magnesia del Sípilo a comienzos del 189, donde Antíoco sufrió un total descalabro frente al ejército comandado por Cn. Domitio Ahenobarbo, tras la cual aquél se retiró al interior de su imperio (para los detalles *cfr.* capítulo Asia Menor).

e) La paz de Apamea (188)

Las cláusulas del tratado de paz impuestas por Roma a Antíoco, conocidas en detalle gracias a Polibio (XXI, 24, 1-2) y Apiano (*Syr.* 39) fueron duras. La frontera del Imperio Seleúcida se situaba hacia el Este, en el Tauro y el río Halis, lo que imponía la retirada de guarniciones de los territorios a evacuar. Asimismo, le fueron limitados los efectivos relativos a la posesión de elefantes y unidades de marina, la cual no podía actuar al Oeste de la desembocadura del Calicadno (nada se dice del ejército de tierra lo cual indica su falta de limitación numérica, si bien le afectaría la imposibilidad de actuación más allá de la línea establecida). Antíoco III debía entregar además una serie de rehenes en su poder, así como hacer entrega a Roma de destacadas personalidades antirromanas.

Desde el punto de vista económico, se le imponía una cuantiosa indemnización de guerra, 15.000 talentos y la obligación de proveer al avituallamiento del ejército romano de Asia Menor. Aparte, se comprometía a liberar de tasas las mercancías que, desde las fronteras de su Imperio, fueran destinadas a Rodas.

Finalmente Antíoco se comprometió a regularizar cualquier conflicto pendiente con las comunidades de las regiones occidentales que mediante este tratado había perdido. La cláusula afectaba sobre todo a Rodas.

El precio de la derrota que Antíoco debió pagar fue muy alto. Significó la renuncia, entonces para siempre, de sus territorios occidentales, quedando replegado hacia Oriente donde el área siria pasó a ser el nuevo centro de gravedad del Imperio Seleúcida. El mismo rey no sobreviviría demasiado a la situación creadas tras Apamea. Poco después, en 187, moriría asesinado a consecuencia de la oposición popular suscitada por su intento de saquear otra vez el templo de Ecbátana.

El Tratado de Apamea

Tras ofrecer esta respuesta, nombraron a diez legados en cuyas manos pusieron las cuestiones de detalle. Pero ellos mismos decidieron sobre el conjunto lo siguiente:

Cuantos habitantes de esta parte del Tauro habían estado sujetos a Antíoco, debían pasar a ser súbditos de Eumenes, salvo Licia y Caria hasta el Meandro, parte que había que quedar en posesión de Rodas; de entre las ciudades griegas, aquellas que habían pagado tributo a Átalo debían hacerlo también a Eumenes, salvo las que eran tributarias de Antíoco a las que debía eximírseles de tales impuestos. Y tras haber determinado estos principios generales para el gobierno de Asia, enviaron a los diez legados a Cneo, el procónsul.

(Polibio, *Historia*, XXI 24, 6-9)

IV. Desde la sucesión de Antíoco III a la usurpación de Alejandro Balas

1. Seleuco IV Philopator (188-175)

El reinado del hijo mayor de Antíoco el Grande, Seleuco IV estuvo marcado por las imposiciones hechas por Roma en el tratado de Apamea, especialmente las de tipo financiero que representaron una carga enorme para el Tesoro. Por lo demás, parece haber intentando relanzar la política seleúcida, iniciando acercamientos a cuantas fuerzas se oponían a los romanos, razón que motivó la reclamación por éstos, en calidad de rehén, de su propio hijo Demetrio que reemplazó así a su tío Antíoco.

Las inquietudes despertadas por estas actitudes no sólo en Roma, sino en Eumenes de Pérgamo, siempre temeroso de que el poderío seleúcida pudiera rehacerse, son tan evidentes que probablemente actuarían de consuno ambas potencias, para, mediante su visir Heliodoro, asesinar al rey. El hecho se produjo en 175.

2. Antíoco IV Epiphanes (175-164/3)

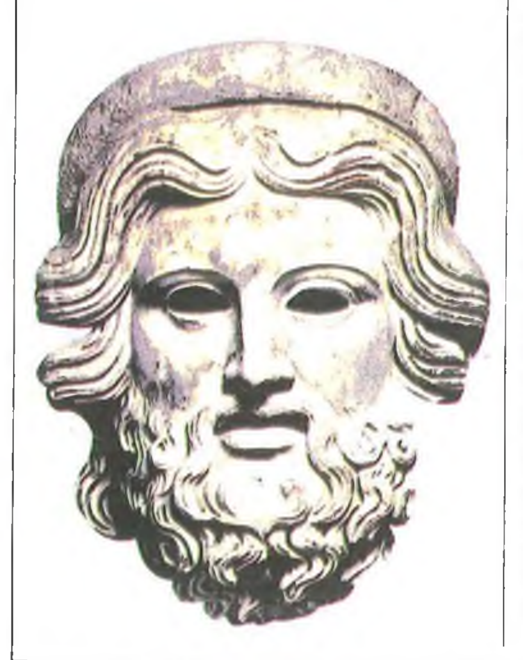
La pronta desaparición de Seleuco IV, sucesor de Antíoco III provocó la entrada en escena de su hermano Antíoco, a la sazón en Atenas. Habiendo llegado a Asia Menor fue nombrado rey (IV) en Pérgamo, cuyo monarca encargó a su propio hermano Átalo que le acompañara hasta su reino. Así, la deuda del nuevo rey con Pérgamo fue inmensa y justifica que en lo sucesivo nunca fuera en contra de los intereses de la potencia minorasiática. Eumenes, al patrocinar a Antíoco IV, había demostrado, una vez más, su capacidad de elegir los aliados más favorables a su reino. Por otra parte, la estancia del seleúcida en Roma le había hecho percibir la fortaleza de este estado occidental sin cuyo concurso y amistad era imposible toda empresa. Dado que allí estaba además el sucesor legítimo de Seleuco, —y por ello potencial enemigo en cuanto podía, llegado el caso, hacer valer sus derechos dinásticos— el mantenimiento de relaciones amistosas aparecía como una condición fundamental de su reinado.

a) Política interior

Al comienzo de su mandato, Antíoco IV se mantuvo alejado de acciones exteriores concentrándose en la política interior, opción ésta dictada por las mismas circunstancias en que accedió al trono. Su neutralidad fue ga-

rantizada a la embajada romana que, antes del estallido de la guerra de Perseo, tentó la opinión de los distintos estados.

Las medidas adoptadas en el ámbito interior tendieron a la consolidación de su reino dentro de los límites establecidos. Así han de entenderse la exaltación de la realeza, la refacción de su ejército —no solo el terrestre sino también las fuerzas navales—, el intento de restablecer en Irán la autoridad de la dinastía reinante, etc. Antíoco parece haber apercibido con claridad la necesidad de contar con un elemento cultural, capaz de cohesionar las distintas partes de su reino cuya carencia sería la responsable de la existencia en su interior de factores centrífugos poderosos. Esta consideración, unida a la reacción antihelénica despertada en el Oriente helenístico tras la derrota de Magnesia, determinaría la adopción de medidas de signo contrario a tal corriente, que hace del monarca seleúcida el defensor a ultranza del Helenismo. Así la



multiplicación de fundaciones urbanas griegas, adopción de los cultos y costumbres helénicas, pero, sobre todo, la exaltación de la figura del rey desde el punto de vista religioso con una finalidad política, es decir, como vehículo más eficaz para lograr esa cohesión a que aspiraba (E. Bickerman, *Ins. des Sel.* p. 231 ss.).

El juicio sobre esta política de helenización dista de ser uniforme. Así, mientras unos hablan de que el rey luchó contra la orientalización de los elementos griegos de la población, otros, sobre todo Rostovtzeff, afirman sus intentos de constituir una clase dirigente greco-semítica, es decir, de promover una política de amalgama que en el fondo conllevaba favorecer la orientalización a costa de la helenización, teoría sin duda, exagerada.

b) La sexta guerra siria

Muchas son las cuestiones suscitadas a la hora de indagar las causas de la guerra, incertidumbre provocada por la falta de testimonios sobre ella. En todo caso, la declaración de guerra fue una iniciativa egipcia, adoptada en 170. La postura oficial de Antíoco IV era, por tanto, de defensa, por más que la tradición romana responsabilice al seleúcida (Liv. XLII 29,5 ss.; Ap. *Syr* 66).

La mejor preparación militar de Antíoco conllevó una rápida derrota del ejército ptolemaico. Tras ella, capturó Pelusion y a continuación, pese a haberse ya entablado negociaciones de paz, el rey continuó su marcha hacia Alejandría. Hubo una entrevista entre Antíoco IV y Ptolomeo VI en la que se estableció, quizá, la tutela seleúcida sobre la monarquía lágida. Pero una revuelta en Alejandría cuestionaría el acuerdo al proclamar como único rey a Ptolomeo VIII. Antíoco no tuvo éxito en su apoyo posterior a Ptolomeo VI. tras lo cual regresó a Siria.

Su retirada significó algo inespera-

do: la reconciliación de Ptolomeo VI con sus hermanos. El intento lágida de captar para ellos el apoyo de Roma, que hasta entonces se había mantenido distanciada del conflicto pese a las embajadas enviadas por ambos contendientes, desembocó finalmente en el envío de una misión diplomática, encabezada, precisamente, por un amigo de Antíoco IV, C. Popilio Laenas cuyas órdenes eran probablemente ambiguas, dependiendo del desarrollo de los acontecimientos la adopción de unas u otras.

Mientras llegaba esta delegación, tropas seleúcidas ocuparon Chipre y el rey entraba de nuevo en Egipto. Llegó hasta Menfis y de allí a Alejandría, donde en un lugar llamado Eleusis se encontró finalmente con Popilio Laenas. Su entrevista, lejos de desarrollarse dentro de los cauces que la vieja amistad que los unía podía hacer prever, supuso para el monarca seleúcida una gravísima humillación: obligado a responder, encerrado en un círculo, a las peticiones de Roma, cedió a éstas. Debía deponer las armas y evacuar Egipto y Chipre (*Pol.* XXIX 27; Liv. XLV 12; Ap. *Syr.* 66; Just. XXXIV, 3, 1-4).

c) El problema judío

Es este uno de los puntos más conocidos del reinado de Antíoco IV por el eco que sus acciones tuvieron en las fuentes y en la tradición relativa al pueblo elegido. Las relaciones anteriores entre los judíos y Antíoco III tras la conquista de la Celesiria habían sido buenas, al reconocer éste sus características de pueblo distinto y toda su tradición teocrática y sacerdotal. A su vez, la dominación egipcia había sido suave.

Pero el helenismo había comenzado a penetrar en algunos medios judíos. El hecho es evidente entre los judíos de la Diáspora, pero la penetración en la propia Judea fue más lenta, pues allí el condicionante geográfico favorecía una mayor cohesión interna, a la par que un rigorismo ideológico más acentuado, al estar dicha región apartada de las grandes corrientes de circulación helenística. No obstante, algunos elementos de población habían estado en mayor contacto con el exterior. A destacar entre ellos son los tobíadas, familia aristocrática que ejemplifica unos intereses, compartidos por la aristocracia sacerdotal, que tenía en consideración no sólo la religión sino otros factores de índole económica. Así, en dicha familia como en otras, la participación en la Administración lágida, las relaciones con la corte de Alejandría y la misma extensión de sus asuntos determinaron su apertura hacia el helenismo promoviendo un judaísmo «modernizado».

Frente a grupos como el de los Tobíadas, se hallaba la gran masa de la población entre los que reinaba el respeto total hacia la tradición que se mantenía firme gracias a la influencia de la sinagoga. Al percibir el pueblo las primeras influencias helenizadoras, se fraguó espontáneamente un movimiento de «devotos» o «piadosos», fieles al más estricto respeto por la costumbre y mantenimiento de la Ley. Se formaron, así, los grupos de *Hasidim*, «observantes», y «fariseos», «separados», que procuraban mantener al pueblo alejado de toda desviación ideológica. Bastaba una presión helenizadora y unificadora más fuerte por parte de los monarcas, para que esta fuera considerada como un atentado contra las esencias nacionales y se crearan los condicionantes para una revuelta político-religiosa que defendiera la idiosincrasia del pueblo.

Pero no solo es esto, es decir, diferencias sobre la pureza religiosa. Hay que añadir otros factores, asimismo de gran importancia. Pueden destacarse las ambiciones en el seno de las familias dirigentes y sus diferentes inclinaciones hacia las dos grandes

monarquías que se disputaban aquellos territorios sirios, Lágidos y Seleúcidas, traducidas en los correspondientes apoyos de éstas a unos u otros.

En el momento de la ascensión al trono de Antíoco IV la aristocracia sacerdotal de Jerusalén vivía, en efecto, momentos de conflicto. Una de las partes buscaba apoyo en Alejandría y este hecho llamó la atención de los señores de Judea, es decir, los Seleúcidas. A su vez, la otra facción, fiel a Antioquía, era la que propiciaba la apertura al helenismo. Ambas estabana representadas en este tiempo por influyentes personalidades: la primera, por el Sumo Sacerdote Onías III, hijo de Simón el Justo, el cual, a diferencia de su padre, fiel a los Seleúcidas, participaba de las simpatías hacia los egipcios; la segunda por el clan de los Tobíadas, dentro de los cuales había miembros de la facción contraria, la anterior, como Hircano a quien se le unió Onías III, y por un hermano de este sumo sacerdote, Jasón.

En un principio, esta segunda corriente se afianzó, cuando Jasón en 175 logró hacerse transferir por Antíoco IV el pontificado bajo promesa al rey, necesitado de recursos, de aumentar el tributo pagado por los judíos a los Seleúcidas. Además, logró la parcial helenización de Jerusalén, cuyos límites son de todos modos oscuros, pero que implicaba de hecho una abolición de las garantías que Antíoco III aseguró a este pueblo. El nuevo sumo sacerdote introdujo, así, en Jerusalén el modo de vida griego que representaba un marcado contraste con los hábitos judíos. Este paso causó un enorme escándalo entre los ortodoxos, pese a que el culto de Yahveh no fue tocado en absoluto.

Pero llegó un momento en que el movimiento se escapó a las propias manos de su promotor. Jasón fue sustituído por Menelao, cuyos excesos en el terreno tributario, incluido el saqueo de los tesoros del templo de Jerusalén, suscitaron contra él el odio popular en todo el territorio y en la capital, llegándose por fin al estallido de la revuelta.

d) La revuelta judía

El desarrollo de la revuelta no es fácil de seguir. Se inició en 169, en el momento que comenzaba la primera campaña de Antíoco IV contra Egipto. A su regreso se detuvo en Jerusalén donde expolió el templo, sin que este hecho, por lo demás habitual en cierta medida, tuviera ningún otro significado, pues la agitación judía había comenzado *de facto* antes por motivaciones políticas y religiosas, ambiciones personales dentro de los clanes, etc. como hemos visto ya. Pero la evolución desfavorable de las acciones seleúcidas contra Egipto —la humillación del rey por Popilio Laenas— hizo pensar en que el dominio de esta monarquía sobre Judea iba a terminar. Jasón, que había huido a Transjordania al ser depuesto, intentó en vano restablecerse en Jerusalén de donde se vio forzado de nuevo a huir, mientras Menelao quedó bloqueado en la ciudadela por una revuelta popular. Esta era la expresión de la sublevación contra todos los que habían participado en la helenización nacida en los medios conservadores, tradicionalistas que adquirió, además, un tinte antiseleúcida por la protección de esta monarquía a los promotores de esa corriente innovadora del Judaísmo.

Antíoco IV, para aplastar la insurrección, hizo de nuevo acto de presencia en Jerusalén, sometida con su asentimiento a toda clase de excesos, e imponiendo nuevamente a Menelao en su puesto. Su marcha fue seguida por el rebrote de la sublevación, contestada mediante una nueva expedición a resultas de la cual se estableció una colonia militar en Akra, punto de reunión de todos los judíos helenizados. A partir de entonces, nu-

merosos partidarios de la ortodoxia se fueron de la capital, engrosando las filas de la guerrilla que empezó a actuar en el campo y en los desiertos. Por lo demás, la fundación de Akra tuvo consecuencias religiosas también: el culto de Yahveh, intocado hasta entonces, fue sustituido en el templo por el del Baal-Shamêm, dios celeste sirio-fenicio equivalente al Yahveh judío, y con él el propio templo pasó a ser un santuario sirio adaptado a las necesidades del culto de los colonos militares acantonados en Akra, mayoritariamente de origen siriofenicio. Se había cometido un pecado imposible de expiar. A partir de entonces la revuelta judía, gestaba durante años, punto de confluencia de multitud de factores como se ha visto, adquirió el sesgo fundamentalmente religioso y nacional que en adelante la caracterizaría.

Ello explica, a su vez, que fuera entonces cuando se comenzó a perseguir el Judaísmo. Un edicto real del 167 dictaba a los judíos el abandono de la Ley en sentido amplio y les constreñía a acogerse a las costumbres griegas. Pretendía con él, acabar con una resistencia local, fundamentada en una peculiar religiosidad. No se trataba, pues, de fanatismo religioso antijudío. Afectaba, así, tan sólo a Judea: ni a los samaritanos ni a las comunidades judías de la Diáspora se les aplicaba dicho edicto.

El efecto de este documento entre los tradicionalistas aumentó su radicalización, engrosándose así también el número de componentes de la guerrilla, cuyos jefes se elegían entre los «hasidim». La lucha entró en su etapa decisiva al declarar Matatías, cabeza de la familia de los Asmoneos, que la necesidad de lucha por la ley levantaba la observancia del sabat, pues era en esta ocasión cuando las tropas seleúcidas obtenían fáciles victorias. Sustituido en 166/-5 por su hijo

Antíoco IV y los judíos: origen de la revuelta.

Los más poderosos entre los judíos andaban sumidos en discordias por la época en que Antíoco, llamado Epifanes, disputaba con Ptolomeo VI sobre la Celesiria (la rivalidad entre ambos monarcas era una cuestión de poder, pues ningún personaje de alto rango podía soportar verse sujeto a sus semejantes). Entonces Onías, uno de los jefes de los sacerdotes, se apoderó por la fuerza de los hijos de Tobías y los expulsó de la ciudad. Éstos se refugiaron en la corte de Antíoco y le suplicaron que, usando de ellos como guías, invadiera Judea. El rey se dejo convencer, pues hacía tiempo que abrigaba tal intención. Él en persona, con su gran ejército, se puso en marcha y se apoderó por la fuerza de la ciudad, acabó con muchos de los partidarios de Ptolomeo, concedió plena licencia a sus tropas para el pillaje y él mismo saqueó el templo, interrumpiendo la continuidad de los diarios sacrificios durante tres años y seis meses. El sumo sacerdote Onías buscó refugio en la corte de Ptolomeo y recibió de él un lugar en el nomo de Heliópolis, donde fundó una villa a semejanza de Jerusalén y edificó un templo similar. Sobre estos sucesos hablaremos de nuevo en su momento.

A Antíoco no le bastó haber conseguido la ciudad contra toda esperanza, ni las rapiñas, ni la tremenda carnicería, sino que víctima de su inmoderación y para recuerdo todo lo que había padecido durante el sitio, obligó a los judíos, rompiendo sus costumbres ancestrales, a dejar incircuncisos a sus hijos y a sacrificar cerdos en el altar. Todos desobedecieron estas órdenes, y los más ilustres murieron degollados. Báquides, enviado por Antíoco como comandante de la guarnición, añadió a su natural crueldad la ejecución de tan impíos mandatos, no omitiendo ningún exceso dentro de la ilegalidad: molestaba continuamente a los notables, uno por uno en particular, y, en público, mantenía cada día sobre Jerusalén el aspecto de una ciudad sitiada. Llegó a tal extremo la exageración de sus injusticias que impulsó a los que las padecían a albergar la osadía de defenderse.

(Flavio Josefo, *Guerra de los judíos* 1, 31-35)



Mármol representando a un galo moribundo. Copia de un original (Hacia el 220 a.C.) Museo Capitolino de Roma.

Judas Macabeo, se enfrentó éste con Lisias, visir de Antíoco IV y director de las operaciones en Judea, en 164, con éxito pues lo venció en Betsur. Se produciría entonces, según el libro II de los Macabeos, uno de los últimos actos de gobierno de Antíoco IV: la concesión de amnistía, y por consiguiente el fin de la persecución, a todos los judíos que volvieran a sus ho-

gares. Esta carta, dirigida no a Judas sino a los Ancianos de Jerusalén a través de Menelao, no dejaba más alternativa para los rebeldes que unirse a Menelao o continuar en rebeldía. Judas eligió lo segundo, logrando apoderarse de Jerusalén —no de Akra—, procediendo tras ello a la purificación del templo donde se restableció a finales del 164 el culto de Yahveh.

En 163 intentó capturar Akra. Pero Lisias contraatacó con una vasta operación, cuyas dimensiones sobrepasaban las fuerzas de Judas. Sin embargo, un hecho ajeno a la cuestión judía le salvó, pues Lisias, en guerra con otro visir, Filipo, hizo la paz. Antíoco IV reconoció de manera expresa la incompatibilidad ley-helenismo, garantizó otra vez el respeto a la tradición y restituyó de forma oficial el templo a Yahveh. Menelao fue ejecutado. Los logros conseguidos no satisfacieron, sin embargo, a ninguna de las dos partes: unos, los filohelenos, a pesar de tener a uno de los suyos como sumo sacerdote, echaban de menos sus años de prepotencia; otros —Judas y sus seguidores— estimaban insuficientes tales medidas. La consecuencia sería una reproducción de la lucha.

e) Final del reinado de Antíoco IV

Tras el fracaso impuesto por Roma en que acabó la expedición a Egipto, el rey debió centrar su atención sobre su propio Imperio y dentro de éste en las regiones más orientales. La gran expedición de Antíoco III conllevó, en efecto, unos resultados más bien teóricos, los cuales, a su vez, fueron cuestionados rápidamente cuando se recibieron noticias de la grave derrota de Magnesia. Cabe hablar, así, no sólo del fortalecimiento de las corrientes independentistas, en Pérside, por ejemplo, sino del expansionismo que puede registrarse en Bactriana, promovido por la dinastía griega gobernante, y de las mismas tendencias entre los partos. En cualquier caso, aspectos importantes como la cronología, se nos escapan en gran medida de manera que no es posible establecer una sucesión segura de los acontecimientos, ni el momento concreto en que se produjeron.

Para retomar un poco las riendas de la situación, Antíoco IV emprendió en 165 una expedición hacia los confines orientales del Imperio que la muerte del monarca interrumpió apenas comenzada.

Para retomar un poco las riendas

Ultimátum de los romanos a Antíoco IV: su entrevista con Popilio Laenas en Egipto.

Antíoco se acercaba a Ptolomeo con la intención de ocupar Pelusio. Entonces Popilio, el general romano, que tenía dispuesta la tablilla donde estaba escrito el decreto del Senado, se la entregó al rey que le había saludado de lejos, tendiéndole luego la mano. Popilio ordenó a Antíoco que la leyera al punto, pensando, en mi opinión, que no era oportuno hacer ningún gesto de amistad antes de cerciorarse de las intenciones de quien recibía el saludo, a saber, si era amigo u hostil. Cuando el rey leyó el decreto, dijo que deseaba comunicárselo o discutir el contenido con sus amigos. Al oírlo Popilio actuó de una manera que pareció ofensiva y sumamente orgullosa: llevaba en su mano una vara cortada de una viña; dibujó con ella un círculo alrededor de Antíoco y le dijo que debía permanecer dentro de él hasta que expresara su decisión sobre lo escrito. El rey quedó estupefacto ante la enormidad del hecho y, tras dudar unos instantes, dijo que haría todo lo que le pedían los roma-

de la situación, Antíoco IV emprendió en 165 una expedición hacia los confines orientales del Imperio que la muerte del monarca interrumpió apenas comenzada.

3. Demetrio I

El sucesor de Antíoco IV era teóricamente su hijo Antíoco V el cual, siendo menor de edad, había sido puesto bajo la tutela del visir Filipo. Pero el hijo de Seleuco IV, Demetrio, pretendió que el Senado romano reconociera sus derechos dinásticos. Las repetidas intentonas resultaron vanas pero, ayudado quizá por un grupo de senadores propensos a una sustitución en el trono seleúcida, consiguió escapar a Asia en 162 donde logró hacerse reconocer.

Su reinado estuvo cuajado de dificultades. La primera surgió al rebelarse dos importantes personajes que habían estado al servicio de Antíoco IV, los hermanos Timarco y Heráclides. Su causa fue acogida con simpatía en amplias zonas del Imperio Seleúcida e incluso en Roma, hecho que motivó, sin duda, la decisión de Demetrio de acabar con Timarco. Invadió Mesopotamia donde éste fue vencido.

Otro foco de problemas seguía siendo Judea. La regularización de la situación, lograda mediante la decisión de Antíoco IV de reconocer la ley, era una solución transitoria. El pontificado lo detentaba Alcimo, un filoheleno, y seguía manteniéndose la guarnición de Akra. A la par, la intransigencia de Judas Macabeo proseguía.

La renovación de la conflictividad, ya abiertamente, tuvo como *casus belli* la orden de Alcimo de ejecutar a varios miembros de los hasidim, al negarse a aceptar las innovaciones helenizantes. Ello originó que los tradicionalistas se unieran frente a los helenistas. Nicanor, estratega a quien Demetrio había enviado para restablecer el orden, pretendió negociar con Judas Macabeo, pero Alcimo logró hacer suspender las conversaciones. Nicanor murió enseguida, una vez reemprendida la lucha, lo que motivó la huida del sumo sacerdote. También cayó en ella Judas Macabeo, procediéndose a continuación a la ocupación militar por parte seleúcida de Judea. La paz así restaurada fue nuevamente interrumpida por los helenistas, al pretender eliminar de modo definitivo al último cuerpo de radicales comandados por Jonatán, hermano de Judas. Éstos, sin embargo, pactaron con el representante del poder seleúcida en 152, lo cual significó un vuelco a la situación, perdiendo los helenistas las ventajas conseguidas.

En el orden de las relaciones exteriores, una de las medidas más tempranas adoptadas por Demetrio fue el acercamiento a Capadocia, donde desde 163 reinaba Ariarates V. Ofre-

nos. Entonces los acompañantes de Popilio tomaron su diestra y le saludaron amistosamente. La carta del Senado le ordenaba acabar inmediatamente la guerra con Ptolomeo. Así, pasados los días que le habían concedido, hizo retirar el ejército hacia Siria, entristecido y lamentándolo mucho, pero cediendo a las circunstancias del momento. Popilio, después de disponer algunos asuntos en Alejandría y exhortar a ambos reyes a que mantuvieran la concordia, y tras ordenarles que enviaran a Poliarato a Roma, se embarcó para Chipre con la intención de expulsar de la isla a toda prisa a las tropas sirias que se encontraban allí. Cuando llegaron, se encontraron con que los generales de Ptolomeo habían sido vencidos en combate y que todos los asuntos de Chipre se hallaban en una confusión total. Ordenaron que se retirara de la isla el ejército sirio. Aguardaron hasta que las tropas se embarcaron hacia Siria. De este modo, los romanos salvaron el reino de Ptolomeo que se había encontrado en graves dificultades.

(Polibio, *Historia* XXIX 27, 1-12)

ció a éste la mano de su hermana Laódice, viuda de Perseo, que fue, sin embargo, rechazada diplomáticamente para evitar recelos de Pérgamo. Mal acogida esta respuesta, Demetrio apoyó la causa de Orofernes, aspirante al trono de Capadocia, con el que se alzó en 158. Fue, no obstante, un hecho pasajero. Átalo II y Roma colaboraron con Ariarates, el cual logró su restitución con la ayuda de un ejército pergámeno. Con ello Capadocia entró en el ámbito de influencia política pergámena.

Por otro lado Orofernes, a la sazón huido a Antioquía, sublevó contra Demetrio la capital del Imperio, considerando escaso el apoyo prestado por el monarca. Su represión mermó más todavía el apoyo popular a Demetrio.

4. Usurpación de Alejandro Balas

La falta de apoyos interiores y exteriores fue instrumentalizada contra Demetrio por Átalo II al introducir un aspirante al trono seleúcida en la persona de Alejandro Balas, presunto hijo de Antíoco IV, al que apoyó también Roma. Desde Cilicia, y antes de pasar a la acción, se captó la voluntad de los judíos mediante una serie de medidas favorables: la evacuación de las tropas, excepto Akra; transferencia a Jonatán del mando militar de Judea y nombramiento posterior como sumo sacerdote; restablecimiento, acrecentado, de las disposiciones de Antíoco III; concesiones territoriales, etc.

El enfrentamiento directo entre Balas y Demetrio fue contrario a éste, pues fue derrotado y muerto en 151-150. Una vez en el trono el usurpador, su única preocupación parece haber sido manatenerse en él, desentendiéndose del resto (de la autonomía de las ciudades sirio-palestina, de la expansión parta, etc. todos ellos factores de disgregación del Imperio). Para robustecer su continuidad se apoyó en Egipto, casándose con Cleopatra Thea, hija de Ptolomeo IV, quién se convirtió así en protector del Imperio Seleúcida.

Pero un nuevo aspirante al trono complicó la situación: el hijo de Demetrio I, Demetrio II, penetró en Siria, donde Antioquía lo acogió con favor, así como el ejército. Ptolomeo invadió la Celesiria so pretexto de apoyar a su yerno. Éste, sin embargo, pretendió asesinarlo lo que conllevó la ruptura entre ambos y el paso de Ptolomeo con armas y bagajes —incluida su hija— a Demetrio II, a condición de conceder Celesiria a Egipto.

Poco después en la batalla de Oinoparas —145— librada entre los ejércitos de Ptolomeo VI y de Balas moría éste y poco después el lágida a consecuencia de las heridas.

V. El final de los Seleúcidas

1. Demetrio II

El nuevo rey debió enfrentarse nada más acceder al trono con una problemática en parte heredada de los reinados anteriores. Así, entre otras, la relativa a los judíos.

La compleja situación interna de los Seleúcidas había sido aprovechada por Jonatán para continuar una expansión de su poderío que Balas mismo había posibilitado. Uno de los primeros pasos fue su pretensión de capturar Akra, último reducto militar en Judea, hecho que le obligó a parlamentar con el nuevo rey seleúcida. Éste, sin embargo, le otorgó otra serie de concesiones fiscales y territoriales que no hacían sino afirmar la posición del dirigente judío. Todo esto no le impedirá, sin embargo, continuar en su línea expansionista.

a) Usurpación de Diodoto Trifón

Demetrio II tampoco se libró de competidores en el trono. Esta cuestión se suscitó al producirse una nueva revuelta en Antioquia en contra del rey, aprovechada para sus fines personales por Diodoto, comandante militar de Apamea. Se valió, en principio, de un hijo de Balas, al que entronizó en la capital del Imperio como Antíoco VI, para nombrarse después a sí mismo con el nombre de Trifón (Magnífico). Esteblećió su autoridad sobre la Siria mediterránea mientras Demetrio logró conservar Cilicia, Mesopotamia, Babilonia.

Ambos, no obstante, debieron luchar contra un enemigo común. Jonatán, quien, prosiguiendo sus proyectos expansionistas, quiso apoderarse de parte de Celesiria. Fue contestado por Trifón mediante el nombramiento de su hermano Simón como estratega de la zona litoral al sur de Ptolemaida y el asesinato ulterior de Jonatán. Pero Simón hizo causa común con el rey legítimo, el cual le confirmó en todos los privilegios adquiridos anteriormente por su hermano, a la par que se evacuaba la guarnición de Akra. Comenzó así, en 143/-2, la era asmonea importante por señalar el nacimiento del estado judío independiente.

b) Expansión parta

Desde el acceso al trono de Mitrídates I Arsaces V el Grande en 171 los partos acometen una expansión que pondrá en sus manos el Irán, al apoderarse de los dominios correspondientes a la monarquía griega bactriana, a cuya decadencia contribuyeron los movimientos de pueblos de Asia Oriental que provocaron a su vez el desplazamiento de las tribus escíticas de las estepas.

Mitrídates, no obstante, no se detuvo en Irán, sino que prosiguió su avance hacia las regiones seleúcidas situadas más al Sur. Aunque los deta-

lles se nos escapan, es claro que Babilonia había caído en su poder ya en 141.

La gravedad de la situación determinó la intervención de Demetrio. Conocemos de sus operaciones en Irán, Media, Bacatriana hacia el 140/-39, pero su captura por Mitrídates le impidió proseguir. Mitrídates el Grande moriría poco después, en 139/-38. Dejaba un Imperio con un poder parto bien afirmado en Irán, si bien no había alcanzado todavía su máxima extensión.

2. Antíoco VII Sidetes (138-129)

La desaparición del escenario político de Demetrio II, prisionero de los partos, no supuso el paso de Trifón a rey del Imperio. Hizo su aparición entonces el hermano de Demetrio, Antíoco VII que, nada más hacerse cargo del poder, eliminó en 137 al usurpador, primer paso para la restauración monárquica que pretendió llevar a cabo de modo completo.

Siguiendo esta misma línea el rey volvió su atención hacia Judea. Exigió no sólo el pago del tributo, sino también la devolución de territorios, a lo que Simón se negó. El asesinato de éste por su yerno añadió un nuevo elemento a esta crisis política: las discordias en el seno de la familia de Simón, al acceder al pontificado no el asesino sino el hijo, Juan Hircano. Al socaire de tales disensiones, intervino Antíoco VII que asedió Jerusalén donde Hircano resistió hasta el 131. Las condiciones de la derrota supusieron la destrucción temporal del estado independiente judío: fueron forzados al pago del tributo, a la provisión de tropas al ejército seleúcida, a entregar rehenes, etc. pero la ley judía, el culto, no resultó afectada para nada pues se les permitió conservar su autonomía interna de acuerdo con sus tradiciones. Hircano permaneció como sumo sacerdote.

El paso siguiente sólo podía ser un nuevo intento para enderezar la situación en las satrapías superiores, es decir, enfrentarse a los partos. Las operaciones estuvieron al principio coronadas por éxitos sucesivos en Babilonia e Irán occidental. El intento de negociación de Fraates II no resultó fructífero, por las excesivas exigencias del monarca seleúcida: entrega de Demetrio II, devolución de territorios antes pertenecientes a su Imperio y conquistados por Mitrídates I, además del pago de tributo. Así, forzado a renovar la guerra, además de liberar a Demetrio II con la esperanza de dar pie a conflictos entre los hermanos que los debilitaran, llamó en su ayuda a las tribus de tocarios y saka, en movimiento en Asia central. En el enfrentamiento entre ambos ejércitos, acaecido en el 129, Fraates salió victorioso. La vuelta del Irán —y después Babilonia— a la autoridad parta fue la consecuencia de ello. Estaba dispuesto a continuar su avance hacia Occidente, cuando hubo de hacer frente a una guerra provocada por los escitas lo que significó su muerte en combate.

3. Fin de Demetrio II y ursupación de Alejandro II Zabinas

La desaparición de Antíoco VII, el último seleúcida con capacidad para gobernar, convertía nuevamente a Demetrio II en único rey de la dinastía. Pero Ptolomeo VIII suscitó en su contra un usurpador, Alejandro Zabinas, presunto hijo adoptivo de Antíoco VII, a cuya causa se adhirió Antioquía. El rey, así, se refugió en las ciudades fenicias pero fue vencido en Damasco en 127-6, para ser capturado posteriormente en Tiro donde murió en 126-5.

Quedaba Zabinas, pero éste, privado del apoyo egipcio, no duraría mucho, por más que intentó resistir apo-

yándose en la población de Antioquía, opuesta al nuevo rey Antíoco VIII Gripo, hijo de Demetrio y Cleopatra Thea. Zabinas fue entregado a éste en 123 y muerto.

Esta fecha marca el comienzo del fin. Los hechos a partir de ahora son sumamente complejos y confusos, sucediéndose multitud de reyes, síntoma de la descomposición de la dinastía, todo ello en el marco de presiones exteriores a cargo de judíos, árabes y partos. La ocupación de Siria por Tigranes de Armenia en el año 83 representará el final de la historia seleúcida.

4. Los últimos Seleúcidas (123-83)

a) Sucesión dinástica

La muerte de Zabinas vino a colocar a Antíoco VIII como único rey. Pero un nuevo contricante apareció en 114/-3: era Antíoco IX Ciciceno, hijo de Cleopatra Thea (a quien Gripo mandó asesinar) y Antíoco VII. La ofensiva parta impidió a Antíoco VIII ocuparse debidamente del problema, pero había conseguido rechazar a su medio hermano ya en 108, quedando confinado Antíoco IX a algunos enclaves. Pero la desaparición de Gripo, asesinado en 96, le permitió volver a rehacerse. Sería, sin embargo, por poco tiempo.

Gripo había tenido con Cleopatra Trifaina cinco hijos: Seleuco (VI), Antíoco (XI), Filipo (I), Demetrio (III) y otro Antíoco (XII). Ptolomeo IX apoyaba a Demetrio y Seleuco VI logró eliminar a su tío Antíoco IX en el año 95. Pero el hijo de éste, Antíoco X, expulsó a su vez a Seleuco VI a Cilicia donde fue asesinado. Había así cuatro reyes simultáneamente: Antíoco X y tres hijos de Gripo: Demetrio III que reinaba en Damasco, Antíoco XI y Filipo I, ambos en Cilicia. Pero la muerte de Antíoco XI por Antíoco X y la de éste por los partos simplificó el panorama. Demetrio III estableció su autoridad por la mayoría del país, lo que provocó el enfrentamiento contra su hermano Filipo en el 88. Sin embargo, el problema se solventó tras ser captaurado Demetrio III por los partos. Tras ello, otro hermano, Antíoco XII se instaló en Damasco en el 87, pero desapareció en las luchas contra los nabateos tras las cuales el reino de Damasco pasó a manos de los árabes.

Filipo moriría en 84/-3. Un nuevo conflicto se avecinaba entre su hijo, Filipo II, y Antíoco XIII —hijo probablemente de Antíoco X—. Pero Antioquía, una vez más, cambiaría la trayectoria de los acontecimientos al ofrecer a Tigranes de Armenia el trono seleúcida. La historia de esta dinastía helenística encuentra aquí su punto final. Habría, sin embargo, un nuevo intento de restauración, años después, en la persona de Antíoco XII, hijo de Cleopatra Selene y Antíoco X, contra el que se alzó Filipo II. Éste, establecido pasajeramente en Antioquía, moriría en 67, mientras Antíoco XIII sería eliminado por Pompeyo algo después, en 65-4.

b) Acciones exteriores de los últimos Seleúcidas

El confusionismo interno de la dinastía tenía una correspondencia similar en el exterior, pues dichas dificultades fueron aprovechadas por todos sus enemigos.

Tal sucedió, entre otros, con los judíos, donde se reprodujo el expansionismo. Samaria fue conquistada en 107, y en 104 tales avances territoriales obtuvieron su reconocimiento oficial. Las conquistas continuaron impulsadas por el sumo sacerdote y rey Alejandro Janneo, cuyas aspiraciones se dirigieron hacia los enclaves litorales, entre los que figuraba Ptolemaida-Akra. Ello permitió la intervención de los Ptolomeos, llamados

por esta ciudad en su auxilio. Janneo, sin embargo, intervino con sobornos para frenar tal auxilio y apoderarse de las plazas litorales meridionales hasta Gaza. Al saber de las negociaciones del rey judío con Cleopatra III, Ptolomeo IV invadió Galilea lo que conllevó la capitulación de Ptolemaida y Gaza. A partir de ellas pretendió eliminar a su hermano Ptolomeo X pero fracasó en Pelusión, refugiándose en Chipre. Janneo tenía así las manos libres para actuar al Norte de su reino, al Sur y también en Transjordania, operaciones de las cuales no siempre salió victorioso.

A la par se reprodujeron las tensiones internas en Judea, dada la oposición entre saduceos y fariseos. Los primeros, de la aristocracia sacerdotal, eran también conservadores, pero más dispuestos a compromisos políticos; los segundos, herederos de los hasidim, de extracción popular, eran contrarios a innovaciones políticas, religiosas y sociales y, por ello, a la dinastía asmonea. Las primeras sublevaciones se registran en el año 93, continuando ulteriormente. Los intentos de Janneo de combatirlos fueron respondidos mediante la petición de auxilio a Demetrio III, el cual venció totalmente a Janneo. No sacó partido de ello, empero, dadas sus propias dificultades con su hermano Filipo. El sucesor de Demetrio en Damasco, Antíoco XII, efectuó una campaña por los territorios anteriormente seleúcidas con objeto de entorpecer el camino de los nabateos que estaban presionando entonces. Los intentos de Janneo por impedir a Antíoco el paso hacia Jaffa, fueron vanos pero también fracasó el seleúcida, pues fue derrotado y muerto por el nabateo Aretas que pudo así asentarse en Damasco.

Otro frente a considerar, en las operaciones efectuadas por los últimos seleúcidas, son los partos. De su expansión hemos hablado ya, así como de la guerra que hubieron de mantener contra las tribus escitas. Ésta significó para los seleúcidas un respiro, pues sumió a los partos en un período de dificultades. La situación volvió a su cauce por obra de la personaidad de Mitrídates II, el cual logró restablecer la autoridad parta en las regiones occidentales del Imperio. Hacia el 97 entró en contacto con Armenia sometiendo a su rey a clientela, pero su hijo Tigranes accedería al trono armenio enseguida, en el 95. La intervención seleúcida contra los partos se produjo entonces encabezada por Antíoco X que murió en la empresa. Mesospotamia entera cayó bajo la autoridad parta.

Un hecho concreto propició la intervención de Roma: Tigranes de Armenia destronó al rey de Capadocia Ariobarzanes, puesto por los romanos. Estos respondieron enviando a Sila. Antes de alcanzar Capadocia se entrevistó con un embajador parto, pues una alianza con Mitrídates II podía ser interesante para oponerse a Tigranes. Pero el período de anarquía, debido a querellas dinásticas probablemente, subsiguiente a la muerte de Mitrídates II, franqueó el camino a la expansión armenia.

Este fue, en efecto, el hecho protagonista durante estos años hasta producirse en 77 el resurgimiento parto. Antioquía, la capital seleúcida, ofreció el trono a Tigranes. Su aceptación hizo de Siria la provincia meridional del imperio armenio, pasando también bajo su autoridad la llanura cilicia. El Imperio y dinastía seleúcidas habían terminado. Un ulterior intento de restauración de esta monarquía se llevó a cabo posteriormente en la persona de Antíoco XIII, hijo de Cleopatra Selene que se instaló en Antioquía en el año 69 bajo protección romana. Apartado del trono por su primo Filipo II, a la muerte de éste en 67 pudo nuevamente ceñir la corona gracias al apoyo de un reyezuelo árabe. Pompeyo en 53/-4 lo suprimiría definitivamente.

VI. Economía y sociedad

1. Problemas sociales

El primer aspecto sobre el que es obligado llamar la atención es la gran variedad de situaciones con las que los Seleúcidas se encontraron, derivadas de la enorme superficie del Imperio, compuesto por regiones muy diferenciadas, con tradiciones asimismo diversas, que nunca, por estas razones, pudieron conformar una unidad económica. Lo mismo cabe decirse desde el punto de vista étnico o sociológico, pues a la variedad típica del Imperio Aqueménida, sus sucesores helenísticos, los Seleúcidas, añadieron el estrato de macedonios. Este componente griego fue engrosándose desde los tiempos de Alejandro y Seleuco mediante una inmigración, de la que participaban no sólo soldados, sino profesionales especializados, comerciantes, etc. Por otro lado, estaban las ciudades griegas establecidas desde antiguo en suelo asiático, numerosas especialmente en la costa egea. Así, mientras en época persa los griegos constituían una minoría extraña y en cierto modo sometida, con los Seleúcidas se invirtieron los términos. La gran relevancia adquirida por este grupo étnico se basaba en que la monarquía establecida, de origen macedonio, gobernaba apoyándose precisamente en una clase dirigente grecomacedonia. No hubo, ni se pretendió tampoco, una fusión entre los diferentes elementos étnicos ni un reparto de las responsabilidades políticas entre ellos, que permanecieron en manos de los helenos agregados al poder central. Por lo demás, las ciudades griegas de viejo cuño se esforzaron en establecer con este poder, y por esta razón, unas relaciones de privilegio que los monarcas no siempre estuvieron dispuestos a conceder, en orden a mantener un equilibrio estable en el interior del Estado. De ahí que no pueda hablarse de un *status* único válido para todas las *poleis,* sino de una gama de situaciones de acuerdo con los privilegios, mayores o menores, obtenidos como favor del rey.

Un elemento de tensión fundamental lo constituyó la administración del territorio y el control de los ingresos producidos por éste, determinado tanto por la fundación de colonias de carácter urbano como por aquellas relaciones políticas y económicas particularmente estrechas con las antiguas ciudades griegas. Los nuevos asentamientos eran de tipo griego, con su *chora* correspondiente formada gracias a asignaciones del rey segregándolas de la tierra real, de suerte que conformaban un tipo de hábitat

en marcado contraste con el tradicional en aquellas regiones. Por otro lado, el sistema utilizado conllevó problemas para las nuevas *poleis,* pues las parcelas de *chora basiliké* atribuidas a ellas estaban, en ocasiones, habitadas por trabajdores al servicio de los reyes en situación de dependencia, de acuerdo con un sistema productivo típicamente oriental. El traspaso a las ciudades significaba su entrada en unas estructuras totalmente diferentes, donde la mano de obra estaba compuesta por jornaleros libres, o esclavos en la acepción clásica del término. Esta variedad en las relaciones de producción, que no se suprimieron al incorporarse a una estructura social homogénea, significaba un factor de tensión permanente. A su vez, las propias ciudades recién fundadas lo eran también, pues perturbaron el equilibrio existente por lo que significaban de confrontación con las antiguas formas aristocráticas o templarias. De todas las maneras pese al esfuerzo urbanizador llevado a cabo por los Seleúcidas, las ciudades fueron en su Imperio poco numerosas en relación a la extensión de su territorio. Coexistieron, pues, estas estructuras con las típicas de la aldea, con una importancia mayor, en general, de éstas que resistieron todo intento de innovación.

Así, la panorámica social presenta un cuadro sumamnte heterogéneo en cuanto a sus componentes. La modificación más importante introducida por los Seleúcidas estribaría en el continuo asentamiento de esta clase de grecomacedonios, firme sostén de la monarquía, ampliamente distribuidos en la larga serie de establecimientos fundados por impuso real a todo lo largo y ancho del Imperio, de cuerdo con unas directrices marcadas ya por Alejandro (sobre el reparto geográfico de estas nuevas fundaciones *cfr.* M. Rostovtzeff, *op. cit.* I pp. 451 ss.). El advenimiento de los nuevos dominadores para nada afectaría



El castigo de Marsias. Copia de un original

a las clases sociales más bajas. Los cambios se notarían en tanto en cuanto los nuevos núcleos urbanos alteraran las relaciones tradicionalmente establecidas. Fuera de esto, todo quedaría como estaba.

Más afectados resultarían los pueblos y estratos sociales instalados en los círculos de poder en la época aqueménida que se verían desplazados por los grecomacedonios dirigentes. Son en efecto, los que presentaron mayor resistencia a admitir la nueva autoridad implantada con Alejandro. Mención especial entre todos ellos merecen los iranios, acostumbrados como estaban a detentar el poder. El mantenimiento de costumbres y de una religión propia, diferente de la griega, sería el arma que, junto a la mayor atención dispensada por los Seleúcidas a la parte occidental del Imperio dados los conflictos allí desarrollados, determinaron el surgimiento temprano de sentimientos nacionalistas que abocaron a los movimientos independentistas considerados ya en su momento.

Respecto a la situación económica del Imperio Seleúcida, hay que hacer notar antes de nada que nuestro conocimiento es necesariamente muy incompleto, dada la escasez de nuestra información. No existe una documentación comparable a la de Egipto, conservada sobre todo en los papiros, de forma que sus mecanismos, distribución de recursos, etc. se nos escapan en gran medida.

2. La tierra

La principal fuente de riqueza era la tierra. Su propiedad, de acuerdo con las tradiciones orientales vigentes con los Aqueménidas y transmitidas a los Seleúcidas, correspondía al rey, en efecto, gran parte de ella estaba en manos de los reyes. Junto a ellos, los templos eran también grandes latifundistas. La propiedad privada existía sobre todo en la *chora* de las ciudades. Las tierras que por diversos motivos no interesaban a reyes o templos podían ser vendidas o arrendadas, de suerte que el inquilinato agrícola parece haberse desarrollado bastante. Los arrendatarios estaban obligados al pago de una cantidad del producto a cambio del permiso de cultivo de la tierra.

Consideremos ahora los testimonios sobre las distintas formas de tenencia de tierra, clave tanto por constituir ésta la base del sistema económico como por su incidencia en la composición o estructuración de la sociedad.

La *chora basiliké*, como propiedad del rey, podía ser vendida, regalada o arrendada por éste a su voluntad. En el caso de regalos o donaciones, el rey conservba teóricamente el derecho de recuperarlas. En la práctica, sin embargo, no lo ejercería de forma que tales latifundios se convertían *de facto* en hereditarios o, mejor dicho, en usufructo hereditario.

La explotación de la tierra real corría a cargo de campesinos reales o *laoi basilikoi*. Sobre su situación jurídica se ha especulado mucho, dado que nuestra información acerca de ellos descansa sobre tres documentos fundamentales: la donación de terrenos hecha por Antíoco I a Aristodícides de Aso, hacia el 270 a.C. (Welles, *Royal Correspondence* nº 10, 11, 12, 13); la venta de una vasta extensión de tierra real a Laódice por su ex marido Antíoco II, datada en 253 a.C. (Welles *Royal Correspondence* nº 18, 19, 20); la llamada inscripción de Mnesímaco (*Cfr.* Buckler-Robinson, *Sardis* VII nº 1) del s. III a.C., quizá en su último cuarto. En todos ellos se menciona de manera expresa a los *laoi basilikoi*. Los documentos recogen diferentes sistemas de concesiones de tierra real de suerte que los *laoi* implicados en ellos no corrieron la misma suerte en todos los casos (*cfr.* una exposición conjunta y detallada de tal documentación en A. Lozano, *La esclavitud en Asia Menor helenística*, Oviedo 1980,

capítulo correspondiente).

En el primero de los mencionados, se trataba de una concesión de tierras de gran extensión situadas en Frigia helespóntica, cerca de Ilión, a la que se adscribió posiblemente para beneficiarse también de la exención de pago de impuestos concedida por Antíoco I a esta ciudad en calidad de aliada suya. No obstante, este extremo no aparece mencionado de manera expresa. No excedía, sin embargo, a lo normal en casos semejantes, tanto entre los Seleúcidas como entre sus predecesores aqueménidas. El motivo fue el agradecimiento de Antíoco I a Aristodícides por los servicios prestados. Los *laoi* asentados en aquellos territorios no pasaron, sin embargo, a ser propiedad del beneficiario, manteniéndose bajo autoridad real. Tan solo obtendría el usufructo de su trabajo.

El segundo documento es de carácter distinto. Asistimos a la venta de tierra real hecha por Antíoco II a Laódice, esposa a la que repudió. Estaba situada en las cercanías de Cícico y Zela, comprendiendo además una aldea, Pannukome, con su *chora*, diferentes *topoi* diseminados por el campo con sus habitantes, las pertenencias de éstos y los ingresos producidos por todo ello. Así, Laódice adquiría derechos plenos en la propiedad comprada, tanto de las tierras, los pueblos y sus *laoi*. Como beneficio adicional se contaba la exención de impuestos concedida por el rey.

En el caso de Mnesímaco estamos ante una donación real, cuyo usufructo era de hecho hereditario, pues se mencionan incluso los descendientes del titular. Estaba obligado al pago de impuestos al Estado por la ocupación de las tierras, de sus poblados y de los *laoi*, cedidos éstos al beneficiario de la concesión, pero bajo autoridad real.

Por lo que podemos aprehender del conjunto de la documentación los *laoi* tenían algunos derechos, tales como la posesión de ciertos bienes, así como una limitada posibilidad de movimiento, restringida a determinadas áreas, las marcas de una propiedad, quizá con autorización del usufructuario o incluso del rey. A su vez, el mantenerse bajo dominio real impedía que pudieran cometerse contra ellos abusos desmedidos por parte de los beneficiarios.

Desde el punto de vista fiscal, los ocupantes de la *chora basiliké*, ya dependiente directamente del rey o concedida en usufructo, estaba gravada con el *phoros*, o impuesto general sobre la tierra, consistente en una suma fija, pagada por las *komai*, aldeas, u otras comunidades similares, en calidad de unidad fiscal. A su vez, las aldeas lo recibirían de los *laoi*. Éstos, además, debían otro tipo de *phoros*, denominado *leitourgikos*, consistente en prestaciones ordenadas por la administración real de obligado cumplimiento. En este aspecto, cabe señalar también la debatida cuestión de si los Seleúcidas recaudaban o no impuestos directos sobre los individuos o capitación, además del *phoros* en su doble aspecto, *argyrikos* y *leiturgikos*. La capitación está atestiguada tan sólo en Jerusalén gracias a una carta de Antíoco III en la que declaraba exentos de ella a la *gerusía* y a diversas categorías de sacerdotes de esta ciudad (Flavio Josefo, *Ant. Ind.*, XII, 142). No debe colegirse de ello, empero, su existencia por todo el Imperio.

Veamos, ahora, los correspondientes la *hiera chora* o tierra sagrada.

Los templos eran, ya lo hemos dicho, grandes latifundistas. Sus propiedades remontaban en general a épocas pretéritas, manteniéndolas en sus manos a lo largo de siglos. Su explotación beneficiaba a los sacerdotes que conformaban una clase muy influyente, no sólo en calidad de representantes de la divinidad, sino por su poderío económico. En todo caso, la influencia económica de los templos no debe exagerarse. Las grandes

propiedades territoriales afectaban, en realidad, tan sólo a los templos famosos como los mencionados por Estrabón: Comana —tanto la póntica como la de Capadocia—, Venasa, Zela, etc. (XII 3, 34; 2, 3; 2, 6; 3, 37). El advenimiento de los Seleúcidas no conllevó modificaciones sustanciales en esta situación, pues, aplicaron, más bien, una política favorable a ellos. Conviene apuntar que, en todo caso, nuestra información en torno a las relaciones entre la dinastía reinante y los templos es muy escasa, hecho que se acentúa en relación con los de menor importancia. Teniendo esto presente, los datos a nuestro alcance van en la dirección señalada. Los reyes, en efecto, se mostraron, en general, muy bien dispuestos, no dudando en hacerse todo tipo de concesiones, bien fuera mediante regalos de orden económico —incluida la cesión de tierra real— o de otra índole, como la inmunidad, derecho de asilo, exención de impuestos, etc. Los casos de saqueo de tesoros sagrados efectuados por los monarcas en algunas ocasiones especiales no bastan para teorizar en contra de lo que fueron directrices generales de la política seleúcida.

Busto de bronce de Seleuco I, hallado en Herculano Museo Nacional de Nápoles.



Los territorios de los templos eran explotados por la población campesina establecida en ellos. Parte la conformaba los llamados *hierodouloi,* pertenecientes al dios y bajo dependencia de los sacerdotes que no estaban autorizados a venderlos, pero había también, o podía haberla, población libre, según se desprende de la narración estraboniana a propósito del templo de Comana capadócica. Éstos pagarían al templo los impuestos debidos por la labranza de la tierra, pero, a su vez, los templos abonaban a la Corona el phoros general, a no ser que se les dispensara de él expresamente.

Otro tipo de tierra a considerar es la que fue objeto de urbanización por parte de los Seleúcidas, transfiriendo para ello parcelas de tierra real a los núcleos fundados. Ya hemos mencionado la política proseguida a este respecto. Las motivaciones que subyacen a ella parecen ser de dos tipos: políticas y militares. Las primeras no son sino los intentos de afirmar el poder de los nuevos dominadores macedonios sobre tan vasto y variado Imperio, mediante una red de establecimientos urbanos tipo griego, ligada firmemente al rey, que constituyeran al propio tiempo un instrumento de difusión de la cultura y modo de vida griegos.

En cuanto a las segundas, su finalidad militar aparece claramente en el caso de los *katoikiai,* compuestas por clerucos sujetos al servicio militar. Pero, de todos modos, éstas, a diferencia de las establecidas por los Ptolo-

meos, no eran establecimientos militares exclusivamente, sino civiles con una reserva militar a la que se recurría en casos de necesidad.

3. Otras fuentes de ingresos

El conocimiento del régimen de tenencia de tierras es importante porque de ellas se extraía una parte muy importante de los ingresos reales, en forma de *phoros* o impuesto general sobre la tierra. También en este capítulo nuestra información dista de ser suficiente, pero parece que no existía una uniformidad en todo el Imperio sino que se daban variaciones sustanciales de unas satrapías a otras en base a la subsistencia de tradiciones asimismo diferenciadas.

Otro tipo de impuestos parecen, sin embargo, haberse organizado para todo el territorio seleúcida. Uno de los más importantes y mejor conocidos es el de la sal. Según E. Bikermann (*Inst. des Seleuc.*, pp.115-117) la corona consideraba las salinas propiedad suya, de forma que el impuesto se consideraba una contribución a su explotación, a cambio de la cual el pueblo recibía una ración de sal, previo pago de una cantidad adicional.

También de carácter general eran los impuestos de aduanas, sobre ventas, minas, derechos de mercado, el *andrapodike* que gravaba las ventas de esclavos, y un largo etcétera sobre cuya aplicación parcial o general es difícil decidir en el estado de nuestra documentación.

Entre los objetivos económicos de los Seleúcidas destaca el desarrollo de las relaciones comerciales, tanto en el interior de su Imperio como con las regiones exteriores. Entre éstas merecen mención especial Arabia e India, zonas pretendidas también por los Ptolomeos, de forma que esta confluencia de intereses por el control de los productos procedentes de allí determinaría la existencia de tensiones, subyacentes a la larga serie de conflictos entre ambas potencias. Asimismo de interés eran las corrientes comerciales con el Egeo. Para su desarrollo existieron obstáculos, más o menos acentuados por épocas. Así la prepotencia ptolemaica en este ámbito sería una dificultad no desdeñable, o el hecho de que los grandes puertos de salida del comercio caravanero en Asia Menor —Éfeso, Mileto, etc.— sólo en ocasiones estuvieron bajo dominación seleúcida. Pese a ello, la circulación monetaria atestigua la existencia de relaciones comerciales ininterrumpidas entre Siria y Anatolia, Egeo y mundo póntico.

No podemos finalizar esta breve síntesis de la panorámica económica del Imperio Seleúcida con todas sus lagunas sin aludir a ese instrumento básico de la economía: la moneda. Los metales acuñados por los Seleúcidas fueron oro, plata y cobre. El primero de ellos tuvo una vida bastante breve por cuanto llegó tan sólo hasta la segunda mitad del s. III. La moneda de plata fue sin duda la más importante del Imperio, siendo el rey el único con derecho a acuñarla. Cuando lo hicieron las ciudades griegas, se trataba de un privilegio real. Sin embargo, la de cobre lo fue de una manera mucho más amplia, al menos en Asia Menor, pues en las satrapías orientales y en las nuevas fundaciones continuó siendo un privilegio real exclusivamente.

Los Seleúcidas mantuvieron escrupulosamente el patrón ático de acuerdo con sus intentos de mantener la unidad monetaria en el mundo helenístico. De esta forma sus acuñaciones pudieron entrar sin restricciones por todo el ámbito grecoanatolio. Esta homogeneidad monetaria fue tan solo rota por los Ptolomeos, que, al adoptar el patrón fenicio e imponerlo en todos sus dominios, se aislaron del resto del mundo helenístico, marcando así claramente su zona de expansión e influencia, diferenciada de la seleúcida.

Bibliografía

Altheim, F.: *Weltgeschichte Asiens in griechischen Zeitatler.* Halle 1947-8.

Altheim, F. y Rehork, J.: *Der Hellenismus in Mittelasien,* Darmstadt 1969.

Altheim, F. y Stiehl, R.: *Geshichte Mittelasiens im Altertum,* Berlín 1970.

Badian, E.: «Rome and Antiochus the Great: a study in cold war», *ClPh* LIV (1959) pp. 81 ss.

Bar-Kochva, B.: *The Seleucid Army.* Cambridge 1976.

Bengtson, H.: *Herrschergestalten des Hellenismus,* Munich 1975.

Die Staatsverträge des Altertums, I-II, Munich 1975.

Bevan, E.: *The House of Seleucos,* Londres 1902.

Bickermann, E.: *Institutions des Séleucides,* París 1938.

«Bellum Antiochicum», Hermes LXVII (1932) pp. 47 ss.

«Notes sur Polybe: Le status des villes d'Asie après la paix d'Apamée», *REG* L (1937) pp. 217 ss.

«La Coele-Syrie. Notes de géographie historique», *Revue Biblique* LIV (1947) pp. 262 ss.

«The Seleucids and the Achaemenids», *Atti del Convegno sul tema: La Persia e il mondo grecoromano* (Roma 1965), Acc. dei Lincei 1966, pp. 87-117.

Bloch, J.: *Les inscriptions d'Asoka, traduites et commentées.* París 1950.

Bouché-Leclerq, A.: *Histoire des Séleucides.* París 1913.

Braunert, H.: «Hegemoniale Bestrebungen der hellenistischen Grossmächte in Politk und Wirtschaft», *Historia* XIII (1964), pp. 80 ss.

Brown, T.S.: «Polybius' account fo Antiochos III», *Phoenix XVIII* (1964) pp. 124 ss.

Bunge, J. G.: «Münzen als Mittel politischen Propaganda: Antiochos IV von Syrien», *Studii Classice* 16 (1974) pp. 43-52.

«Theos Epiphanes. Zu den ersten fünf Regierungsjahren Antiochos IV Epiphanes», *Historia* 23 (1974) pp. 57-85.

Cohen, G. M.: «The Seleucids Colonies. Studies in Founding, Admistration and Organisation» *(Historia Eizelschriften, Heft* 30), Wiesbaden 1978.

Drews, R.: *The Greek Accounts of Eastern History,* Cambridge, Mass. 1973.

Eddy, S.K.: *The King is dead. Studies in the Near Eastern resistance to Hellenisme 334-31 B.C.* Univ. of Nebraska Press 1961.

Edson, Ch.: «Imperium macedonicum. The Seleucid Empire and the literary evidence», *ClPh* LIII (1958) pp. 153-170.

Frye, R.N.: *The heritage of Persia,* 1961.

Goosens, G.: «Artistes et artisans étrangers en Perse sous les Achéménides», *La Nouvelle Klio* 1-2 (1949-50) pp. 32-44.

Hengel, M.: *Juden, Griechen und Barbaren: Aspekte der Hellenisierung des Judentums im vorchristliche Zeit,* Stuttgart 1976.

Holleaux, M.: «Recherches sur l'histoire des négociations d'Antiochos III avec les Romains», *Etudes* V.

«Antiochos Mega», *Etudes* III, PP. 159 ss.

«La clause territoriale du traité d'Apamée», *Etudes* V, pp. 208 ss.

Kreissig, H.: «L'esclavage dans les villes d'Orient pendant la période hellénistique», *Actes du Colloque sur l'esclavage* (Besançon 1973). París 1975.

Wirtschaft und Gesellschaft im Seleukideureich, Berlín 1978.

Launey, M.: ;«Recherches sur les armées hellénistiques», París 1950.

Le Rider, G.: «Souse sous les Séleucides et les Parthes. Les trouvailles monétaires et l'histoire de la ville». *Mémoires de la Mission archeologique en Iran* XXXVIII, París 1965.

McDonald, A.H.: «The Treaty fo Apamea (188 B.C.)», *JRS* 57 (1967), pp. 1-8.

Meloni, P.: «L' usurpazione di Acheo sotto Antioco III di Siria I: Le circostanze ed i primi atti dell' usurpazione», *Rend. Acc. Lincei* ser. VIII (1949) pp. 539 ss.

– «L'usurpazione ... II», *ibídem,* vol. 5 (1950) pp. 161 ss.

Mörkholm O.: *Antiochus IV of Syria,* Copenhague 1966.

Musti, D.: «Lo Stati dei Seleudcidi. Dinastia, popoli, città, da Seleuco I ad Antioco III», *Studi Classici ed Orientali* 15 (1966), pp. 61-197.

Narain, A.K.: *The Indo-Greeks,* Oxford 1957.

Newell, E.T.: *The Coinage of the Eastern Seleucid Mints (from Seleucus I to Antiochus III).* Nueva York 1978.

Orth, W.: *Königlicher Machtanspruch und städtische Freiheit,* Munich 1977.

Otto, W.: «Zu den syrischen Kriege der Ptolomeern», *Philologus* LXXXVI (1931) pp. 400 ss.

Polacek, A.: «Le traité de paix d'Apamée», *RIDA 3 Ser.* 18 (1971) pp. 591-621.

Preaux, Cl.: «Les villes hellénistiques principalement en Orient. Leurs institutions administratives et judiciaires», *Recueils de la Societé Jean Bodin* VI, Bruselas 1954, pp. 60-134.

«Institutions économiques et sociales des villes hellénistiques principalement en Orient». Recueils de la Societé Jean Bodin VII, Bruselas 1955, pp. 89-135.

El mundo helenístico.

Rostovtzeff, M.: *Historia social y económica del Mundo Helenístico,* Madrid 1967.

Schmitt, H.H.: «Untersuchungen zur Geschichte Antiochos des Grosses» *(Historia, Eizelschriften* 6), Wiesbaden 1964.

«Die Staatsverträge des Altertums». *Bol.* III, Munich 1969.

Seibert, J.: «Historische Beiträge zu den dinastischen Verbindungen in hellenistischer Zeit» *(Historia Eizelschriften,* 10), Wiesbaden 1967.

Simonetta, A.: «A new essay on the Indo-Greeks, the Sakas and the Pahlavas», *East and West,* IX (1958), pp. 155 ss.

Tarn, W.W.: *The Greeks in Bactria and India,* Cambridge 1951.

Tarn, W.W. y Griffith, G.T.: *La civilización helenística,* Méjico 1969.

Thapar, R.: *Asoka and the declin of the Mauryas,* Oxford 1961.

Vallée-Poussin, de la, L.: «L'Inde aux temps des Mauryas et des Barbares, Grecs, Scythes, Parthes et Yue-Tchin». *Histoire du Monde,* VI 1, París 1930.

Walbank, F.W.: «Polybius and the Eastern policy of Rome», *JRS* LIII (1963), pp. 1 ss.

Will, E.: *Histoire politique du Monde hellénistique* I-II. Nancy 1966 (2ª edición 1979).

«Les premières années du règne d'Antiochos III, *REG* LXXV (1962), pp. 72-129.

«Rome et les Séleucides», *ANRW* 1972, pp. 590-632.

«Limites, possibilités et tâches de l'histoire économique et sociale du monde grec antique», *Études d'Archéologie,*, París 1963, pp. 153-166.

Wolski, J.: «Les Iraniens et le royaume gréco-bacatrien», *Klio* XXXVIII (1960) pp. 113-115.

«L'effondrement de la domination des Seleucides en Iran au III siecle av. J.C.,» *Bull. intern. de l'Acad. des Sciences et des Lettres* (1939-1945). Cracovia 1947.



Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano,** *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela,** *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner,** *Babilonia.*
4. **J. Urruela,** *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez,** *Los hititas.*
6. **F. Presedo,** *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar,** *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner,** *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner,** *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez,** *Los hebreos.*
11. **F. Presedo,** *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano,** *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar,** *Los persas.*

GRECIA

14. **J. C. Bermejo,** *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano,** *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo,** *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano,** *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas,** *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero,** *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido,** *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo,** *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido,** *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto,** *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto,** *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido,** *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso,** *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto,** *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal,** *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano,** *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal,** *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero,** *La civilización helenística.*

ROMA

36. **J. Martínez-Pinna,** *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna,** *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás,** *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco,** *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila,** *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León,** *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román,** *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán,** *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero,** *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas,** *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas,** *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas,** *Los Flavios.*
50. **G. Chic,** *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa,** *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña,** *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello,** *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez,** *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez,** *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid,** *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó,** *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo,** *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo,** *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz,** *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja,** *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez,** *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo,** *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo,** *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Giménez de Garnica,** *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*